

BÁLSAMO DE FIERABRÁS

“leer no es otra cosa que manifestar el que lee
que va conociendo por aquellas señales, como si
fueran retratos, los originales de que informan”

Bonet, J.P.¹

¹ Bonet, Juan Pablo, *Reduction de las letras*, p. 41.

1.- Orígenes del bálsamo.

El bálsamo de Fierabrás es una pócima maravillosa que forma parte de las leyendas del ciclo carolingio. “Aparece como tema en el cantar de gesta francés *Fierabrás* (el de feroces brazos) que se fecha hacia 1170. Según la leyenda épica, cuando el rey sarraceno Balán y su hijo el gigante Fierabrás conquistaron Roma, robaron en dos barriles los restos del bálsamo con que fue embalsamado el cuerpo de Jesucristo, que tenía el poder de curar las heridas a quien lo bebía. Vencido el gigante por Oliveros, y habiéndose hecho cristiano, lo devolvió a Roma el emperador Carlomagno. Se trata de una piadosa leyenda medieval que los contemporáneos de Cervantes conocerían por la traducción de una versión en prosa francesa del siglo XV, *Hystoria del emperador Carlomagno y de los doze pares de Francia, e de la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabrás*, (Sevilla, 1525, y reimpressa varias veces), c. 17 y 19. En esta versión dice Fierabrás que ganó los dos barriles del bálsamo por fuerza de armas en Jerusalén. Oliveros, mortalmente herido, bebe de él y sana por completo”²

Esa capacidad para sanar es la parte de la leyenda que don Quijote transmite a su escudero la primera vez que le informa sobre el bálsamo en el capítulo décimo

“-Todo eso fuera bien escusado –respondió don Quijote- si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

- ¿Qué redoma y qué bálsamo es ése? -dijo Sancho Panza.

Es un bálsamo - respondió don Quijote- de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna.

² *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Murillo, p. 149.

La ignorancia de Sancho le hace creer a pie juntillas las palabras de su señor pero, en vez de pensar, como él, en la utilidad salutífera del bálsamo, su sentido práctico le lleva a imaginar las magníficas perspectivas de negocio que ofrece un producto de tales características

-Si eso hay - dijo Panza -, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor; que para mí tengo que valdrá la onza adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.

-Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres - respondió don Quijote.

-¡Pecador de mí! - replicó Sancho -. ¿Pues a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a enseñármele?

Conocido el escaso coste de producción, Sancho se entusiasma con la idea y quiere ponerla en práctica inmediatamente.

Con este brevísimo diálogo Cervantes nos ilustra sobre la imaginación de don Quijote y la capacidad de ilusionar y generar expectativas en gente tan inculta e ingenua como su escudero.

Respeto a la leyenda tradicional del bálsamo, don Quijote ofrece dos datos novedosos. De un lado, la escasez necesaria, “una gota” o “dos gotas”, para que produzca efectos. De otro, el conocimiento de la receta, es decir, la posibilidad de fabricarlo, algo discordante con la naturaleza misma del bálsamo legendario, cuya fuerza radica en haber servido “para ungir a Jesús antes de enterrarlo” También llama la atención la precisión verbal de Sancho al referirse al bálsamo como “estremado licor”, o sea, la panacea, el sumo invento.

2.- Fuentes paródicas.

En el capítulo diez de *El triunfo de don Quijote*” (páginas 353 y siguientes) ya se apunta, en una primera aproximación al bálsamo de Fierabrás, su relación con una sorprendente información de la Vida de Ribadeneyra. En dicho capítulo me limito a señalar las primeras noticias sobre el bálsamo y su fuente paródica. Ahora, para analizarlo en conjunto, para comparar la totalidad del recurso con su fuente, he reunido todas las referencias en torno al bálsamo, repartidas, fundamentalmente, entre los capítulos 10, 17 y 18 del Quijote de 1605.

En cualquier caso, para llegar al conocimiento cabal de la parodia del bálsamo o del yelmo, para aceptar como lógico todo lo siguiente, repito que es imprescindible conocer los fundamentos históricos y el desarrollo de imitación progresivo de la novela, para lo que remito a ese anterior trabajo íntegramente recogido en www.donquijoteliberado.com

Lo primero es conocer a fondo el fragmento del Relato origen de toda la información, releer, hasta empaparse de su estilo y contenido, la fuente principal de la parodia.

“En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, **enseñándole**; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le **enseñase**, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente el juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad: y algo desto se puede ver por los cinco puntos siguientes.

Primero. Tenía mucha devoción a la **santísima** Trinidad, y así hacía cada día oración a las **tres** personas distintamente. Y haciendo también a

la santísima Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía 4 oraciones a la Trinidad? Mas este pensamiento, le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia. Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión, que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la santísima Trinidad.(R, 27-28)

Este fragmento del Relato es la base primitiva donde se inspira el nacimiento del bálsamo de Fierabrás. Según Loyola, durante su estancia en Manresa, su relación con Dios fue de maestro-discípulo, Dios le enseñaba y él aprendía como un niño. Ese tutelaje divino lo demuestra a través de una serie de cinco “puntos”. En el primero nos habla de su “devoción a la santísima Trinidad” y del encantador enredo numérico que le producía rezar individualmente al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y, además, a la Trinidad en su conjunto, con lo cual acababa haciendo oración a cuatro personas e, indirectamente, rompiendo la esencia de un misterio que gira en torno al tres, y eso le parecía un poco conflictivo. También nos habla, en ese primer punto, de una especie de visión mística que le produjo un subidón de conocimiento, y la devoción a la santísima Trinidad que, en consecuencia, le quedó para siempre.

Ribadeneyra, con apenas otra fuente que ese fragmento del Relato, ofrece una versión bastante original.

*“Habiendo pues salido, por la misericordia divina de las angustias, y apretura de las tentaciones pasadas, y viéndose ya en más anchura y libertad de corazón, no por eso aflojó punto del cuidado que tenía de sacar un vivo retrato de todas las virtudes de su alma. Y el buen Jesús que es fiel y verdadero en sus palabras, y misericordiosísimo en sus obras, y que nunca deja ningún **servicio** por pequeño que sea sin galardón, quiso regalar a este siervo con halagos y consolaciones divinas, alumbrando con ellas su **entendimiento**, inflamando su voluntad, y esforzándole, y alentándole para todo lo bueno. De tal suerte que a la medida de la muchedumbre de los dolores pasados que había sufrido en su corazón, alegrasen y regocijasen su ánima (como dice el Profeta), las consolaciones del Señor. Y así aunque desde el principio trataba Dios a Ignacio, (según él solía decir), a la manera que suele un discreto, y buen maestro que tiene entre manos un niño tierno, para le **enseñar**, que va poco a poco, y no le carga de cosas, ni le da mucha lección, hasta que sepa y repita bien la pasada. Pero después que con las tentaciones pasó adelante, y subió ya a la escuela de **mayores**, comenzóle Dios a **enseñar** doctrina más alta, y descubrirle cosas y misterios más soberanos. De donde como él fuese devotísimo de la **Santísima** Trinidad, y a cada una de las personas divinas, tuviese devoción de rezar cada día su cierta y particular oración, un día estando en las gradas de la iglesia de Santo Domingo, rezando con mucha devoción las horas de nuestra Señora, comenzóse a levantar en espíritu su entendimiento, y representósele, como si la viera*

con los ojos, una como figura de la Santísima Trinidad, que exteriormente le significaba lo que él interiormente sentía. Fue esto con tanta grandeza y abundancia de consuelo que ni entonces, ni después andando en una procesión que se hacía, era en su mano reprimir los sollozos, y lágrimas que su corazón y ojos despedían, las cuales duraron hasta la hora del comer. Y aún después de comer no podía pensar ni hablar de otra cosa, sino del misterio de la santísima Trinidad. El cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas, y ejemplos, que todos los que le oían se quedaban admirados y suspensos. Y desde allí se le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma e impreso, que en el mismo tiempo comenzó a hacer un libro desta profunda materia, que tenía **ochenta** hojas, siendo hombre que no sabía más que leer y escribir. Y por toda la vida le quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo. Porque siempre que hacía oración a la santísima Trinidad, la cual solía hacer a menudo, y gran rato cada vez, sentía en su alma grandísima suavidad del divino consuelo. Y algunas veces era más señalada y particular la devoción que tenía con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad, y origen de las otras personas divinas. Después otras con el hijo, y finalmente con el Espíritu santo, encomendándose y ofreciéndose a cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plentísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes.” (Vida I, VII)

La inflación se aprecia desde el principio. Ribadeneyra añade toda la introducción beatífica y retórica que se extiende hasta el segundo punto y seguido. A partir de ahí, inicia su versión del fragmento del Relato, comenzando con un engañoso paréntesis “(según él solía decir)” cuyo objetivo es hacer creer a sus lectores (mientras el Relato permaneció secuestrado lo consiguió) que escribía de oídas, que era algo escuchado por él a Loyola. A continuación se expone en el ejemplo del maestro de escuela y explica la devoción de Loyola a la Trinidad, ofreciendo una versión ampliada del momento místico, de la visión, aunque ocultando un importante detalle, ¿no menciona las “tres teclas”!, probablemente por parecerle poco serio o relacionado con sectas heréticas.

Es decir, a la vez que atiborra de paja la fuente original, hace desaparecer todo aquello que considera impropio, como el chocante lío de las 4 oraciones, e inventa cosas beneficiosas a su propósito, como la admiración que provoca en todos cuantos le escuchan. Tampoco en el Relato se ofrecen noticias sobre el libro de ochenta hojas con tan “profunda materia” Como se trata de un detalle trascendente para el asunto del bálsamo, conviene saber que Ribadeneyra parte de una fuente señalada por todos los biógrafos como probable, la Epístola de Diego Laínez

“tuvo tanta lumbré del Señor, que en casi todos los misterios de la fe fue especialmente ilustrado y consolado del Señor, y singularmente en el misterio de la Trinidad, en la qual tanto se deleitaba su espíritu, que con ser hombre simple y no saber sino leer y escribir en romance, se puso a escribir della un libro”³

Aunque Laínez sólo se refiere a la escritura de un libro, Ribadeneyra adorna esa información con el detalle, probablemente falso, de las ochenta hojas, número que, como veremos, cumple una trascendente función en la parodia cervantina.

³ Fontes Narrativi, I, p. 82.

El resto del fragmento de la Vida vuelve a ser, como al principio, pura invención, malabarismos verbales de congregacionistas. El asunto finaliza con esa imaginativa licuación de la Trinidad, interpretada como “*un plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes.*”

3.- Tres, tres, tres.

Una vez conocido el texto cervantino y sus fuentes, conozcamos su interrelación. Lógicamente, insisto, todo lo expuesto a continuación forma parte de un contexto cuyo entramado histórico y reivindicativo aparece en “*El triunfo de don Quijote*”, donde se especifican las pautas y procedimientos paródicos utilizados por Cervantes. También debe comprenderse que al desmembrar el tema del bálsamo de los capítulos donde se haya incrustado, se está descontextualizando un símbolo cuyo contenido entra en relación directa con los diversos asuntos tratados en dichos capítulos. Sin embargo, sólo acometiendo un análisis de la información total ofrecida en la novela sobre el bálsamo, sólo aislándolo como recurso indiviso, podremos obtener una perspectiva completa sobre su alcance, y sobre el trasfondo de los capítulos en los que se inserta. Por otra parte, es lógico que Cervantes, tratándose de un tema tan delicado y comprometido, haya preferido desparramarlo para complicar su reconstrucción.

Volvamos al principio. En la primera ocasión que se menciona el bálsamo, capítulo décimo, don Quijote lo hace por oportunismo, si hubiera elaborado una redoma del bálsamo, ahora le vendría muy bien para curarse la herida de la oreja

-**Todo** eso fuera **bien** escusado –respondió don Quijote- **si a mí se me acordara** de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran **tiempo** y medicinas.

Cuando, pocos meses antes de su muerte, Loyola narra sus memorias a su compañero Luis Gonçalves, el tiempo de las primeras “noticias espirituales” queda lejano, han transcurrido más de treinta años y, lógicamente, no recuerda con exactitud, “del todo bien”

“Mas estas cosas ni las sabía explicar, **ni se acordaba** del **todo bien** de aquellas noticias espirituales, que en aquellos **tiempos le imprimía Dios en el alma.**” (R, 29)

Aunque existe una clara diferencia entre el olvido de Loyola, que no recuerda bien aquellas “noticias espirituales” porque ha pasado mucho tiempo, y el de don Quijote, que lo único que ha olvidado es fabricar el bálsamo, ponerse manos a la obra, no obstante se aprecian ciertos paralelismos. De un lado las coincidencias formales, el verbo acordarse, más el vocablo tiempo, más la expresión “todo bien” De otro, cierto conocimiento cuyo verdadero sentido no se explica en su totalidad hasta la siguiente intervención de don Quijote

- ¿Qué redoma y qué bálsamo es éste? -dijo

Sancho Panza.

Es un bálsamo - respondió don Quijote- de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna.

Recuerda la receta, pero ha olvidado estar prevenido, no es, pues, como ya se dijo, el bálsamo robado a los pies de Cristo crucificado, es un bálsamo que él puede fabricar, lo tiene grabado en la memoria, en correspondencia con “aquellas noticias espirituales, que en aquellos **tiempos le imprimía Dios en el alma**.” Aquí ya se puede establecer un claro paralelismo simbólico entre “aquellas noticias espirituales” impresas “en el alma” de Loyola y este bálsamo grabado “en la memoria” de don Quijote.

También Ribadeneyra, utilizando la información del Relato, ofrece su versión sobre la relación de Loyola con el misterio de la Trinidad

*“El cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas, y ejemplos, que todos los que le oían se quedaban admirados y suspensos. Y desde allí se le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma e impreso, que en el mismo **tiempo** comenzó a hacer un libro desta profunda materia, que tenía ochenta hojas, siendo hombre que no sabía más que leer y escribir. Y por toda la vida le*

quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo.”

Amplificando, como siempre, la información, añade, además del concepto de imprimir en el alma, el de estampar y, un poco más abajo, el de esculpir, tres formas de impresionar o grabar que mantienen un claro paralelismo con el Relato y con la forma en que don Quijote tiene grabado su recuerdo: “tengo la receta en la memoria”

En el cuadro de correspondencias se aprecian claramente los paralelismos formales y de contenido

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<u>ni se acordaba</u>		si a mí se me <u>acordara</u>
<u>del todo bien</u>		<u>Todo</u> eso fuera <u>bien</u>
en aquellos tiempos	<i>en el mismo tiempo</i>	se ahorraran tiempo
<u>le imprimía Dios en el alma</u>	<i><u>estampado en el alma e impreso esculpidas en el alma</u></i>	<u>tengo la receta en la memoria</u>

Don Quijote aporta, además, dos importantes detalles sobre el bálsamo, el primero sobre su posología, “con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas”, el segundo sobre su efectividad, “no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna.”

Un bálsamo con características semejantes, es decir, máxima efectividad con mínima cantidad, debía ser, lógicamente, mágico o milagroso y, comercialmente, una auténtica ganga, por eso Sancho, aguzando su olfato mercantilista, permuta inmediatamente su derecho a la ínsula prometida por la comercialización del bálsamo.

-Si eso hay - dijo Panza -, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos **servicios**, sino que vuestra merced me dé

la receta de ese estremado licor; que para mí tengo que valdrá la onza adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.

La respuesta de Sancho resulta imprecisa, o incierta, en algunos aspectos. Nos encontramos en el capítulo décimo, él ha comenzado a prestar sus servicios a don Quijote al final del séptimo. En el octavo, tras el episodio de los molinos de viento, pasan la primera noche en el campo y, al día siguiente, tras el encuentro con los frailes de san Benito y con el vizcaíno, ya reclama a su amo el gobierno de la ínsula. Y un poco más adelante, también en el capítulo décimo, solicita la permuta que acabamos de ver. Si sólo ha transcurrido una noche desde que salieron de casa ¿cómo requiere una contrapartida “en pago de mis muchos y buenos servicios”? Es algo que se comprenderá un poco después, porque antes de interesarnos por eso, o por las cuestiones mercantiles planteadas por Sancho, debe conocerse la mercancía.

¿Cómo es materialmente el bálsamo? ¿Un ungüento, un líquido? A lo largo del diálogo entre amo y escudero, vamos conociendo algunas de sus características. Don Quijote primero habló de “una gota” y, un poco más abajo, de “me darás a beber solos dos tragos” Sancho lo califica después de “estremado licor” y su amo añade que “Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres” Siendo el azumbre una medida de capacidad para líquidos, equivalente a unos 2 litros, queda definitivamente claro que el bálsamo de Fierabrás es un líquido.

También Ribadeneyra, para referirse al misterio de la Trinidad, recurre a un símbolo líquido

“Y por toda la vida le quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo. Porque siempre que hacía oración a la santísima Trinidad, la cual solía hacer a

menudo, y gran rato cada vez, sentía en su alma grandísima suavidad del divino consuelo. Y algunas veces era más señalada y particular la devoción que tenía con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad, y origen de las otras personas divinas. Después otras con el hijo, y finalmente con el Espíritu santo, encomendándose y ofreciéndose a cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plenisimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes.”

El especial “regalo” de comprensión de la Trinidad se traduce en un sentir “*en su alma grandísima suavidad del divino consuelo*”, un gran alivio para las fuertes tribulaciones padecidas por Loyola en esos momentos de confusión y escrúpulos. Pero ¿cómo consigue ese efecto balsámico? A través de la oración, rezando individualmente a cada una de las tres personas, hasta alcanzar la unidad. Algo complejo e indescriptible para lo que Ribadeneyra, dado el carácter didáctico de la Vida, recurre a la alegoría de tres ríos que, al fundirse en uno, dan lugar a un caudaloso manantial de “todas las gracias” o, lo que es lo mismo, “*el sagrado licor de las perfectas virtudes.*”

Entre el símbolo utilizado por Ribadeneyra y los detalles aportados por don Quijote y Sancho, encontramos tres coincidencias destacables: son líquidos, bebibles y catalogados como licores muy especiales, pues a uno se le considera “sagrado” y al otro “estremado”, adjetivos con los que en ambos casos se trata de expresar lo sumo, lo más elevado.

Pero, todavía en este mismo capítulo décimo, se aporta otro detalle clave para la identificación paródica. Cuando Sancho interroga a don Quijote sobre el coste de elaboración de la pócima, le responde

-Con menos de **tres** reales se pueden hacer **tres** azumbres.

En dos ocasiones se repite, como incidentalmente, el tres, número en torno al que gira el misterio de la Trinidad y que también aparece dos veces en el fragmento núcleo del Relato (“oración a las **tres** personas distintamente [...] vía la santísima Trinidad en figura de **tres** teclas”)

Cuando Sancho escucha el bajo coste y la gran cantidad, responde asombrado

-¡Pecador de mí! - replicó Sancho -. ¿Pues a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a **enseñármele?**

Bajo la apariencia de una expresión coloquial e insustancial, se oculta el temor de Sancho (“¡Pecador de mí!”) ante la osadía de su amo al aludir al misterio de la Trinidad de forma tan sarcástica e irreverente.

-Calla amigo, respondió don Quijote, que **mayores** secretos pienso **enseñarte**, y **mayores** mercedes hacerte”

Al deseo de aprender de Sancho, responde don Quijote con un claro compromiso. Pero lo significativo es que, en ambos casos, se utiliza el verbo enseñar, referente indiscutible que asocia el sentido del diálogo entre amo y escudero con el existente tanto en el fragmento núcleo del Relato

“En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, **enseñándole**; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le **enseñase**”

como en el de la Vida

*“Y así aunque desde el principio trataba Dios a Ignacio, (según él solía decir), a la manera que suele un discreto, y buen maestro que tiene entre manos un niño tierno, para le **enseñar**, que va poco a poco, y no le carga de cosas, ni le da mucha lección, hasta que sepa y repita bien la*

*pasada. Pero después que con las tentaciones pasó adelante, y subió ya a la escuela de **mayores**, comenzóle Dios a enseñar doctrina más alta, y descubrirle cosas y misterios más soberanos.”*

Sancho está recibiendo una docencia semejante a la de Loyola, porque estos episodios, previos al capítulo once, están llenos de referencias a la formación religiosa que Loyola daba a sus incultos primeros compañeros en los momentos anteriores al compromiso de unidad realizado en París, hechos parodiados (como conoce el lector de *El triunfo de don Quijote*) en dicho capítulo once. La sensación de docencia se palpa incluso en el lenguaje externo, de ahí que Spitzer hable del “casi santo Nuestro Señor Don Quijote de la Mancha y de su evangélico escudero.”⁴

La promesa de enseñanza de don Quijote forma parte, pues, de un proceso de adoctrinamiento tan importante como el que reciben los religiosos (por ejemplo durante los ejercicios espirituales) en su camino de aproximación a Dios. En ambos casos se trata de alcanzar el conocimiento de materias muy sutiles y sólo reservadas a especialistas como Loyola, conocedor de aspectos trascendentales del misterio de la Trinidad, o como don Quijote, cuyos profundos estudios sobre libros de caballerías le abren las puertas a conocimientos tan maravillosos como este del bálsamo y, se supone, que a otros muchos y mejores, según se deduce de la respuesta

“**mayores** secretos pienso **enseñarte**, y **mayores mercedes** hacerte”

con la que vuelve a conectar con el anterior fragmento de la Vida, donde, según Ribadeneyra, tras los primeros pasos en la escolina, “como un niño tierno”, Loyola “*subió ya a la escuela de **mayores***”, donde “*comenzóle Dios a **enseñar doctrina más alta, y descubrirle cosas y misterios más soberanos***”, frase que explica a la perfección el sentido de esos “**mayores** secretos” y “mercedes” que don Quijote piensa enseñar y conceder a su

⁴ *Estilo y estructura en la literatura española*, p. 309.

escudero y que, por otra parte, parodian el concepto de regalo, de gracia, explícitamente mencionado por Ribadeneira en el fragmento núcleo: “*tan grande regalo*”

Ahora queda más claro que la actitud de Sancho al alardear de servicios prestados, cuando apenas lleva ejerciendo de escudero un par de días, no es tan abusiva como parece

“yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos **servicios**, sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor”

porque esta reclamación es sólo un símbolo del deseo de alcanzar el conocimiento que Dios otorgó a Loyola en la escuela de mayores, y porque, también según Ribadeneira, Dios siempre paga largamente los servicios que se le hacen

“el buen Jesús que es fiel y verdadero en sus palabras, y misericordiosísimo en sus obras, y que nunca deja ningún servicio por pequeño que sea sin galardón, quiso regalar a este siervo con alagos y consolaciones divinas”

Sancho, en representación de los novicios, aspira a conseguir algún galardón, y don Quijote, en representación de Loyola, promete concedérselo. Por eso, lo que en principio ha podido parecernos una exigencia abusiva, ahora nos parece un regalo lícito, el que Dios otorga graciosamente a quienes cree merecedores. Esa es también la razón por la que don Quijote va a demorar todas estas concesiones, porque Sancho debe todavía recorrer el largo camino de aprendizaje y méritos en el que nos hallamos en curso.

Inmediatamente después de prometer a Sancho mayores mercedes, don Quijote descubre el destrozo que le provocó el vizcaíno en su celada y, lleno de enojo, pronuncia el juramento que da paso a la aparición en la novela del yelmo de Mambrino, el otro objeto mágico que adornará y fortalecerá su figura y que, de esta forma, se muestra directamente entrelazado con el bálsamo.

Antes de continuar, conviene recapitular la información contenida en el breve espacio dedicado al bálsamo en el capítulo décimo. Recordemos que la primera mención la hizo don Quijote acuciado por la necesidad, pensando en él como remedio ideal para aplacar el fuerte dolor de oreja provocado por el golpe del vizcaíno. Ante la sugerencia de Sancho de que se cure la herida con unguento, él recuerda la excelencia y eficacia del famoso bálsamo, así como sus características esenciales, la invulnerabilidad que otorga contra las heridas y contra la muerte.

Don Quijote también le ofrece a Sancho una serie de explicaciones sobre la forma en que deberá actuar con el bálsamo. Como son indicaciones de cara al futuro, las dejaremos para más adelante. Lo que sí debe tenerse en cuenta es que dichas indicaciones forman parte del proceso de aprendizaje de Sancho, una clara parodia del proceso de aprendizaje a través del cual Loyola alcanzó la gracia de comprender el misterio de la Trinidad, aludido a través de una serie de primeros referentes al núcleo paródico de la Vida: ambos se encuentran impresos en el alma o en la memoria, son bebibles, se les considera un licor sagrado o “estremado”, y están relacionados con el número tres. Pero, además, se llega a su conocimiento a través de una particular docencia, y se posee como pago a unos servicios, aunque, no obstante, debe considerarse como un regalo, gracia o merced, otorgado por Dios, o por don Quijote.

RELATO	VIDA	QUIJOTE
le _____ imprimía Dios en el alma	<i>estampado en el alma</i> <i>e impreso</i> <i>esculpidas en el alma</i>	<u>tengo la receta en</u> <u>la memoria</u>
	<i>bebiendo como de un</i> <i>plenísimo manantial</i>	me darás a beber solos dos tragos
	<u>sagrado licor</u>	<u>estremado licor</u>
tres personas [...] tres teclas		tres reales [...] tres azumbres

enseñándole [...]enseñase	<i>enseñar[...]mayores, comenzóle Dios a enseñar</i>	enseñármele[...] mayores secretos pienso enseñarte , y mayores
	<i>nunca deja ningún <u>servicio por pequeño</u> que sea sin galardón</i>	en pago de mis <u>muchos y buenos</u> <u>servicios</u>
	<i>tan grande <u>regalo</u></i>	mayores <u>mercedes</u> hacerte

4.- Cuatro simples y un compuesto.

Tras esta primera aparición, no vuelve a mencionarse el bálsamo hasta el capítulo 15. Sancho, después de la paliza que le propinan los yangüeses a él, a su amo y a Rocinante, lo recuerda como remedio ideal para aliviar el dolor de ese momento.

-Querría si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí a mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las heridas.

-Pues a tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?, respondió don Quijote. Mas yo te juro Sancho Panza, a fe de caballero andante, que antes que pasen dos días (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. (QI, 15)

Sancho se encuentra tan mal que, aunque su amo afirmó que “con sola una gota” era suficiente, solicita dos tragos, confundiendo, cómicamente, el nombre de “Fierabrás” con el de “feo Blas” Don Quijote le jura fabricar el bálsamo antes de dos días, cosa que cumple pues, esa misma noche del apaleamiento, llegan a la venta y, tras sufrir otra nueva paliza a consecuencia de los enredos de Maritornes en el dormitorio de los huéspedes, acelera la elaboración

-No tengas pena amigo, dijo don Quijote, que yo haré agora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. (QI, 17)

Apenas pronunciadas estas palabras, el caballero recibe un nuevo golpe y, acto seguido, envía a Sancho a buscar los ingredientes

Levántate Sancho si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal, y romero, para hacer el

salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

En cuanto Sancho vuelve con los elementos, don Quijote se pone manos a la obra

En resolución él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza, o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación. Y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta Pater nostres, y otras tantas Ave Marías, salves, y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes, Sancho, el ventero, y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos.

La elaboración del bálsamo consta, pues, de un doble proceso. En primer lugar, la parte estrictamente culinaria, consistente en cocer los cuatro componentes, o “simples”, hasta obtener una sustancia definitiva, o “compuesto”, sobre la cual, una vez enlatada, se realiza un segundo proceso, basado en el rezo de una serie de oraciones acompañadas, “a modo de bendición”, del signo de la cruz.

La síntesis paródica realizada por Cervantes es absolutamente genial, atrevida y herética pues, bajo el aspecto de una simple referencia gastronómica, se oculta una sutilísima parodia del planteamiento del misterio de la Trinidad.

Recordemos la información del Relato

“Tenía mucha devoción a la **santísima** Trinidad, y así hacía cada día oración a las **tres** personas distintamente. Y haciendo también a la santísima

Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía 4 oraciones a la Trinidad? Mas este pensamiento, le daba poco o ningún trabajo, como como cosa de poca importancia”

Loyola reza individualmente a cada una de las tres personas y, además, al conjunto, de forma que termina haciendo “4 oraciones”

Volvamos a la versión de la Vida

“Y algunas veces era más señalada y particular la devoción que tenía con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad, y origen de las otras personas divinas. Después otras con el hijo, y finalmente con el Espíritu santo, encomendándose y ofreciéndose a cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes.”

La versión de Ribadeneyra difiere bastante del original. Sin mencionar números, concluye que Loyola tenía devoción “con el Padre eterno”, “con el hijo”, “y finalmente con el Espíritu santo” Ese “finalmente” sintetiza muy bien la diferencia, pues cierra la posibilidad de duda numérica planteada en el Relato con el número cuatro, sustituido por la frase “juntamente de todas como de una primera causa”, con la que se resuelve lingüística y ortodoxamente el comprometido problema planteado por Loyola.

A Cervantes no se le escapa la maniobra y, para restituir, una vez más, la verdad del Relato, hace que don Quijote utilice, para la elaboración del bálsamo, cuatro elementos simples (“aceite, vino, sal, y romero”) que darán lugar a un compuesto: “él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto” Y para que no quede la menor duda del trasfondo trinitario de la parodia, añade, al final, una, aparentemente, prolija información

“se hallaron presentes, Sancho, el ventero, y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos”

El caprichoso dato ofrecido por el narrador sólo tiene sentido en el lenguaje profundo, pues de nuevo se sugiere con él la igualdad numérica entre las tres personas presentes en la ceremonia y las tres personas que constituyen el sagrado misterio. Se trata de un juego fantástico muy parecido al llevado a cabo por Cervantes en el capítulo once, donde el oscilante número de cabreros presentes en la cena de la majada, es un ingenioso juego simbólico con el que se representa la afiliación progresiva de los primeros miembros de la Compañía. También Michael Nerlich, en su importantísimo ensayo sobre el *Persiles*, ha descifrado juegos numéricos muy semejantes a estos existentes en el Quijote.

Pero volvamos al bálsamo, a la primera fase de su proceso de elaboración

En resolución él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto.

Los elementos individualizados por Ribadeneyra para explicar el misterio (*Padre eterno, hijo, Espíritu santo*) son, según el narrador, los simples que “cociéndolos un buen espacio”, es decir, dedicándoles a cada una de las tres personas su tiempo individual (“a cada una de las personas divinas, tuviese devoción de rezar cada día su cierta y particular oración” / “encomendándose y ofreciéndose a cada una de por sí”) y “mezclándolos **todos**”, o sea, “*sacando juntamente de todas*”, dan lugar a un “compuesto”, denominado por Ribadeneyra el “*sagrado licor*” y, por Sancho, el “estremado **licor**”.

Pero para que dicho “estremado **licor**” alcance sus verdaderas cualidades, es decir, para que deje de ser una simple mezcla de ingredientes y se transforme en el bálsamo salutarífico,

es necesario someter el resultado de esa primera parte del proceso culinario, previamente embasado, a un segundo proceso

“Y luego dijo sobre la alcuza más de **ochenta** Pater nostres, y otras tantas Ave Marías, salves, y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición”

Llama especialmente la atención la inapreciable monotonía de esta extensísima segunda parte pues, si reparamos en las sopesadas palabras del narrador, se llega a la conclusión de que don Quijote dice sobre la alcuza “más de ochenta Pater nostres” y “otras tantas Ave Marías, salves, y credos”, o sea, más de ochenta Ave Marías, más de ochenta salves y más de ochenta credos, de forma que en total dijo bastante más de trescientas veinte oraciones sobre la alcuza y, lo más sorprendente, es que “a cada palabra acompañaba una cruz”, no dice a cada oración, sino a cada palabra, lo cual, haciendo un cálculo aproximado, suma mucho más de veinte mil cruces sobre la aceitera.

Es muy comprensible que este pasaje fuera suprimido por la Inquisición portuguesa, capitaneada por la Compañía de Jesús, pues no sólo se aprecia, a simple vista, una crítica burlesca al abuso de lo externo, monótono y ceremonioso en los oficios religiosos católicos, sino que se vuelven a ofrecer detalles muy precisos que conectan la ceremonia de don Quijote con la Vida de Ribadeneyra, donde en el mismo fragmento dedicado a la relación de Loyola con la Trinidad se encuentran dos datos reseñables

*“Y desde allí se le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma e impreso, que en el mismo tiempo comenzó a hacer un libro desta profunda materia, que tenía **ochenta hojas**, siendo hombre que no sabía más que leer y escribir.”*

Recordemos que don Quijote tenía la receta del bálsamo “en la memoria”, en paralelo a ese “*estampado en el alma e*

impreso”, es decir, la forma en la que el misterio de la Trinidad le quedó grabado a Loyola, un gran regalo divino que le otorgaba protección y seguridad. Pero además, según Ribadeneyra, Loyola escribió sobre dicha materia un libro “*que tenía ochenta hojas*”, ¡el mismo número especificado por el narrador como base contable de las oraciones de don Quijote! Y todavía hay más, pues ese incuestionable referente numérico aparece reforzado por otra genialidad

“Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza, o aceitera de **hoja** de lata, de quien el ventero le hizo grata donación.”

Como Loyola coloca el resultado de sus experiencias espirituales en un libro “*que tenía ochenta hojas*”, don Quijote coloca el producto de su experimento en una aceitera “de **hoja** de lata”, otra sutilísima referencia al libro que refuerza claramente la intención paródica de los elementos.

Resulta sorprendentemente plástica esta aceitera de hoja de lata (socarronamente donada por el ventero-confesor y sobre la que don Quijote vierte sus oraciones y signos) transmutada en libro de ochenta hojas sobre las que Loyola escribe sus impresiones sobre tan profunda materia como el inefable misterio de la Trinidad.

La intervención del narrador continúa con la ya comentada desaparición del arriero, en paralelo, o evocando, el enredo numérico de Loyola. Pero el resalado lío entre el tres y el cuatro que Ribadeneyra oculta intencionadamente, vuelve a ser la razón por la que, en el siguiente capítulo donde se menciona el bálsamo, aparezcan de nuevo esos mismos números. En efecto, en el capítulo dieciocho, mientras don Quijote bebe bálsamo en medio del rebaño de ovejas, le llega “otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino **tres** o **cuatro** dientes y muelas de la boca”

De nuevo, la fugaz aparición del bálsamo, evoca el juego con el tres y el cuatro que provocaba el conflictillo intelectual de Loyola.

Como puede comprobarse, la presencia de referentes del Relato en esta parte de la parodia es, salvo la excepción de los números, aparentemente nula, aunque en realidad el texto de Gonçalves actúa como contrapunto, como testimonio verdadero de los hechos tergiversados por Ribadeneira pues, como ya se ha comentado, Loyola ni se recrea en el misterio de la Trinidad, ni tampoco ofrece información sobre el libro de ochenta hojas en torno a la materia que, según Ribadeneira, escribió en esa época. ¿Es esa la razón por la que Cervantes insiste tanto en torno a esta parte de la Vida inexistente en el Relato? ¿Está, de nuevo, burlándose de la literatura fantasmagórica de la Vida, de las manipulaciones?

Pero volvamos al capítulo diecisiete, a la extensa intervención del narrador donde, una vez fabricado el bálsamo, es decir, una vez que Loyola adquirió la capacidad para entender y recibir los dones que reportan la especial relación y conocimiento del misterio de la Trinidad, vamos a conocer sus efectos, sus virtudes curativas

“Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia **de la virtud** de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se había cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de **beber**, cuando **comenzó a vomitar, de manera**, que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y **agitación del vómito**, le dio un sudor copiosísimo, por lo cual **mandó que le** arropasen y le **dejasen solo**. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de **tres** horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del **cuerpo** y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por **sano**. Y verdaderamente creyó que

había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio, podía acometer desde allí adelante sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pependencias, por **peligrosas** que fuesen.” (QI, 17)

Con la sutileza acostumbrada, de nuevo el narrador aporta, nada más comenzar, otro detalle significativo en el proceso de identificación del bálsamo, su carácter virtuoso.

“Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la esperiencia **de la virtud** de aquel precioso bálsamo”

Al hablar de la virtud del bálsamo se refiere a su calidad, a su efectividad, pero la ambivalencia expresiva propicia otra vez la analogía con el licor de Ribadeneyra, considerado como “el sagrado licor de las perfectas virtudes.”

Este es el sentido profundo, el trasfondo del bálsamo, la interpretación de Ribadeneyra según la cual la devoción individual de Loyola a cada una de las personas de la Trinidad, le otorgaba “*juntamente de todas... un plenísimo manantial*”, un don espiritual, una fuerza de la que manan “*todas las gracias en abundancia*”, definidas, en conjunto, como “el sagrado licor de las perfectas virtudes.”

Una vez alcanzado ese don, Loyola abandona Manresa fortalecido, ha escalado un importante peldaño en su carrera hacia la espiritualidad, en adelante se sentirá siempre guiado y protegido por Dios.

En ese trance se encuentra don Quijote, ya ha fabricado el bálsamo con poderes claramente milagrosos (“el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos”), ya ha obtenido el don, ahora sólo falta probarlo, comprobar sus virtudes, cosa que realiza inmediatamente y le provoca un fuerte vómito y “un sudor copiosísimo”, tras el que pide que le dejen solo, y queda dormido “más de **tres** horas”

De nuevo el número tres vuelve a mantener viva la relación simbólica con el misterio de la Trinidad, pero ¿de

dónde proceden esos vómitos? ¿qué relación guardan con el lenguaje profundo?

Sin lugar a dudas, los vómitos de don Quijote y Sancho son un tema de gran trascendencia en toda la tercera parte de 1605, una recreación en otro suceso acontecido a Loyola durante el viaje a Jerusalén, y recogido tanto en el Relato

“Y esta fue la causa porque el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella; y el mismo huésped lo llevó al Duque de Venecia para que le hablase, id est, le hizo dar entrada y audiencia. El Duque, como oyó al peregrino, **mandó que le** diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro. Aunque aquel año eran venidos muchos peregrinos a Hierusalem, los más dellos eran vueltos a sus tierras por el nuevo caso que había acaescido de la tomada de Rodas. Todavía había trece en la nave pelegrina, que partió primero, y ocho o nueve **quedaban** para la de los gobernadores; la cual estando para partirse, le viene al nuestro peregrino una grave enfermedad de calenturas; y después de haberle tratado mal algunos días, le **dejaron**, y la nave se partía el día que él **había tomado una purga**. Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para Hierusalem, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar; mas él se embarcó y partió aquel día; y **vomitó tanto**, que se halló muy ligero y **fue del todo comenzando a sanar**. En esta nave se hacían algunas suciedades y torpezas manifiestas, las cuales él reprehendía con severidad.” (R, 43)

como en la Vida

“Había ya salido del puerto la nave de los peregrinos y estando para hacer lo mismo la

*capitana, dale una tan recia calentura al peregrino, que le apretó mucho, y tomada una purga, se hizo la capitana a la vela; y diciéndole el médico que, si se embarcaba aquel día, ponía en manifiesto **peligro** su vida, como él era guiado y regido interiormente por otro divino médico, ese mismo día, con la purga, en el **cuero**, se embarcó. Y proveyó Dios en la mayor necesidad, porque se mareó, y **vomitó** tanto con la **agitación del mar**, que **comenzó luego a mejorar** y la navegación poco a poco le fue causa de entera salud.*

*Cometíanse en la nave grandes pecados y maldades, las cuales nuestro B. Padre, tocado de Dios e inflamado con el fuego de su celo y espíritu, **no pudo** sufrir, y **así comenzó a reprehenderlas con libertad cristiana** y grande severidad. Y como los otros pasajeros no le pudiesen reprimir, con decirle que le podía venir mal si de aquella manera hablaba, vino la cosa a términos que, tomando su acuerdo los marineros, le quisieron **dejar** en una isla despoblada y desierta, donde habían de llegar.”*
(Vida I, X)

Sólo a simple vista ya pueden apreciarse importantes coincidencias temáticas y formales en los tres textos, centrados en la purga que beben Loyola y don Quijote

-la nave se partía el día que él había tomado una purga (R)

-tomada una purga (V)

-y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza (Q)

En las tres ocasiones se repite la acción de tomar o beber una pócima compuesta, en el caso de don Quijote, de “aceite, vino, sal, y romero”, elementos esenciales de una purga semejante a la que debieron recetarle a Loyola. Lo

significativo es que, en las tres narraciones, la ingesta del compuesto produce consecuencias idénticas e inmediatas

- embarcó y partió aquel día; y **vomitó** tanto, que se halló muy ligero (R)

- *embarcó...se mareó*, y **vomitó** (V)

- apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a **vomit**ar (Q)

La principal diferencia con la secuencia de hechos ocurridos a Loyola es que don Quijote no se embarca y, además, bebe y vomita casi al mismo tiempo. Sin embargo, para que esa diferencia no rompa la conexión paródica y, tal vez, para denunciar o burlarse del relleno literario que, como un novelista, acostumbra a inventarse Ribadeneyra en una biografía en la que se narran hechos históricos, Cervantes añade que a don Quijote

“**con las ansias y agitación del vómito**, le dio un sudor copiosísimo”

Información cuyo objetivo es aproximarse al texto de la Vida pues, según Ribadeneyra, Loyola bebe la purga, se embarca y

“**vomitó tanto con la agitación del mar**”

Aunque las circunstancias son distintas, lo importante es que se repite el referente, la agitación, e, inmediatamente, la relación causa efecto entre purga y salud, recogida en los tres textos

- **vomitó tanto**, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar (R)

- *vomitó tanto con la agitación del mar, que comenzó luego a mejorar y la navegación poco a poco le fue causa de entera salud* (V)

- **comenzó a vomitar...** y **con las ansias y agitación del vómito**... se tuvo por sano (Q)

La acción principal, el hecho de sanar tras el vómito producido por la purga, ha sido respaldada por los siguientes referentes formales: el verbo vomitar, repetido en los tres textos, la perífrasis ‘comenzar a...’, igualmente presente en los tres textos, el sintagma preposicional ‘con la agitación del’,

existente en la Vida y en el Quijote, y, por último, el verbo sanar que, en la Vida, ha sido sustituido por “*salud*”, un sustantivo del mismo campo semántico.

La imitación de Cervantes es tan exhaustiva que incluso repite una sutil apreciación referida a los primeros síntomas que preceden a la salud. En el Relato se habla de ligereza

- **vomitó** tanto, que se halló muy ligero y fue del todo **comenzando a sanar**. (R)

Ribadeneyra traduce ese estado de hallarse “muy ligero” como el inicio de una mejoría

- *vomitó tanto con la **agitación del mar**, que **comenzó** luego a mejorar y la navegación poco a poco le fue causa de entera salud.*(V)

Y el narrador, antes de anunciar la salud alcanzada tras la purga y el vómito, reseña igualmente el previo alivio de don Quijote

- con las ansias y **agitación del vómito**, le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por **sano**.

Se repite, igualmente, en los tres textos el verbo ‘dejar’ asociado a una sensación de abandono, de soledad

- “**le dejaron**” (R)

- “**le quisieron dejar**” (V)

- “**le dejasen solo**” (Q)

Incluso la expresión “mandó que le”, existente en el Relato, aparece recogida en el Quijote dentro de un contexto que podría considerarse, simbólicamente, semejante pues, el protector de Loyola, ordena que se le de embarcación

“El Duque, como oyó al peregrino, **mandó que le** diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro” (R)

La orden del duque es el gesto que desencadena los acontecimientos que desembocan en el estado final de aislamiento y salud. Por su parte, don Quijote

“**mandó que le** arropasen y le dejaran solo”

Lo importante es que, como en tantas otras ocasiones, Cervantes recurre a multitud de referentes formales que propician la identificación de los núcleos paródicos. Bajo ese prisma debe entenderse la redundancia en la que incurre el parco narrador cuando expresa que don Quijote “se sintió aliviadísimo del **cuervo**” Hubiera bastado con decir “se sintió aliviadísimo”, pero su objetivo no es sólo la elegancia expresiva sino la analogía con los excesos de la Vida: “*con la purga, en el **cuervo**, se embarcó.*”

Idéntico objetivo analógico se aprecia al final del fragmento

“Y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio, podía acometer desde allí adelante sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pendenencias, por **peligrosas** que fuesen.”

La posesión del bálsamo le otorga tal seguridad y fortaleza que, según el narrador, “desde allí adelante”, es decir, desde el momento que lo posee y comprueba su efectividad, cree que puede acometer cualquier peligro “sin temor alguno”

Prácticamente la misma sensación de seguridad y fortaleza que Dios, según Ribadeneyra, le otorgaba a Loyola

“*diciéndole el médico que, si se embarcaba aquel día, ponía en manifiesto **peligro** su vida, como él era guiado y regido interiormente por otro divino médico, ese mismo día, con la purga, en el **cuervo**, se embarcó*”

Igual que Loyola desestima el “*manifiesto **peligro***” pronosticado por el médico, don Quijote deja de sentir temor ante cualquier adversidad “por **peligrosas** que fuesen.”

El narrador ha utilizado la expresión “sin temor alguno” porque Loyola, antes de iniciar el viaje a Jerusalén sobre el que

estamos tratando, sintió, precisamente, un temor nacido de la desconfianza en Dios

“Llevaba todavía seis o siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Hierusalem, y él los había tomado, vencido algo de los **temores** que le ponían de no pasar de otra manera.” (R, 40)

Ribadeneyra, aunque amplificada, recoge la misma información

*“Estando en Roma, muchos procuraron de desviarle del propósito que tenía de ir a Jerusalén, dificultándole e imposibilitándole el camino por ser tan largo y trabajoso y en año de tanto peligro y lleno, de tantas dificultades, que no se podrían vencer sin mucho dinero. Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel ánimo determinado e invencible de Ignacio. Sólo le movieron a tomar siete u ocho ducados que le dieron al tiempo de su partida (que fue ocho días después de Pascua), para pagar con ellos el flete de su embarcación; los cuales tomó, vencido de los muchos peligros y espantos que le decían. Pero, salido de Roma, examinando lo que había hecho, le pareció que había nacido de **temor** humano y falta de confianza, y remordía-le la conciencia y carcomíase entre sí.” (Vida I, X)*

Pero una vez alcanzado el objetivo de Jerusalén, una vez adquirida la total confianza en Dios, Loyola pierde definitivamente el temor a cualquier eventualidad o peligro

“El respondió a esto: que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado,

que él no dejaría su propósito por ningún **temor.**” (R, 46)

Ribadeneyra también da cuenta del valor, del arrojo mostrado durante el viaje de vuelta a España

*“Pero, conociendo que este pensamiento nació de flaqueza y **temor** humano, lo rechazó” (Vida I, XII)*

Cervantes, tras la elaboración del bálsamo, atribuye a don Quijote la misma seguridad y confianza adquirida por Loyola durante el viaje a Jerusalén. Fue precisamente durante ese viaje cuando gozó de las visiones divinas que le reforzaron espiritualmente y que, como veremos en el siguiente capítulo, son la base del episodio del yelmo de Mambrino, el otro elemento protector ganado por don Quijote en la tercera parte de 1605.

Al margen del paralelismo entre el fortalecimiento espiritual adquirido por Loyola y la seguridad y confianza alcanzada por don Quijote, el objetivo de la parodia sobre el episodio de la Trinidad y sobre la nave de Jerusalén, probablemente sea una llamada de atención sobre ese divino médico (*“como él era guiado y regido interiormente por otro divino médico”*) que, según Ribadeneyra, guía y rige los designios de Loyola. También en el Relato se menciona al médico: “Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para Hierusalem, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar; mas él se embarcó y partió aquel día” Nada más se dice, en ningún momento se envuelve la información en ese halo milagrero de literatura hagiográfica al que posiblemente alude don Quijote cuando, un poco más arriba, le informa a Sancho sobre los poderes extraordinarios del bálsamo: “sanaremos en un abrir y cerrar de ojos”. Ningún bálsamo, bebedizo o unguento puede tener propiedades tan fulminantes para curar en un abrir y cerrar de ojos, salvo que se le atribuyan propiedades milagrosas, o mágicas o, en definitiva, pertenecientes al mundo de la fantasía.

Pero ahí no acaba la parodia de este complejísimo fragmento. Recordemos que, la primera vez que se hizo mención al bálsamo, don Quijote le dijo a Sancho: “con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas” Pero ahora, una vez elaborado y en el momento de tomarlo, olvida tal efectividad y se harta: “y así se **bebió** de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se había cocido casi media azumbre” Siendo la azumbre una medida de capacidad para líquidos, equivalente a poco más de dos litros, y la alcuza, o aceitera, una vasija de poco contenido para el aceite de uso diario, podemos imaginar que don Quijote debió pimplarse poco menos de medio litro de bálsamo. La cantidad exacta no es importante, sino la idea de abundancia, de exceso, porque, si con sólo una gota el bálsamo produce efecto ¿para qué beber casi medio litro?

La respuesta vuelve a encontrarse al final del trillado fragmento de la Vida, donde Ribadeneyra explica la relación de Loyola con el misterio de la Trinidad

“Porque siempre que hacía oración a la santísima Trinidad, la cual solía hacer a menudo, y gran rato cada vez, sentía en su alma grandísima suavidad del divino consuelo. Y algunas veces era más señalada y particular la devoción que tenía con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad, y origen de las otras personas divinas. Después otras con el hijo, y finalmente con el Espíritu santo, encomendándose y ofreciéndose a cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes.” (Vida I, VII)

Don Quijote no puede conformarse con una gota, debe beber abundantemente porque Loyola bebía del “plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia” Los

datos de la alcuza, la olla y la media azumbre, no están encaminados a entintar de costumbrismo el episodio, son una burla genial dirigida a resaltar los excesos de Ribadeneyra, ¡qué pasada del católico Cervantes!

También Sancho, para seguir con el choteo, se hartará enseguida de bálsamo, pues con el control de las cantidades lo que Cervantes trata, además, de demostrar (en contra de la primera opinión del escudero y según se comprueba por la gratuidad de los ingredientes y recipientes) es la baratura de una pócima que, como Loyola, se obtiene en abundancia, y sin costes.

Cervantes llega a parodiar hasta ese absurdo superlativo (“*plenísimo manantial*”), transformando la hiperbólica afluencia de líquido divino en el “sudor copiosísimo” que le fluye a don Quijote tras beber el bálsamo.

En definitiva, una vez más, bajo la apariencia de un fragmento del narrador sin ambigüedades, matices o intenciones irónicas, Cervantes ha realizado un soberbio ejercicio de imitación, un tipo de trabajo al que sin duda se refiere cuando, en el conocido verso del *Viaje del Parnaso*, tan ambiguo, rico e inexplorado como el resto de su obra, afirma: “Yo soy aquel que en la invención excede a muchos”, verso que, junto a otras referencias hechas en las *Novelas Ejemplares*, o en el primer Quijote, permiten afirmar a J. G. Weiger: “podría decirse que gran parte del arte cervantino consiste en una imitación rara y no vista anteriormente”⁵

El cuadro de coincidencias expresivas del breve fragmento resulta revelador

RELATO	VIDA	QUIJOTE
La nave se partía el día que él había tomado una purga	<u>Tomada una purga...con la purga, en el cuerpo,</u>	y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza

⁵ Weiger, John G., *Cervantes ante el problema de la originalidad*, en *Cervantes, su obra y su mundo*, p. 30.

[...] se embarcó	<i>se embarcó</i>	
vomitó tanto	<i>se mareó, y vomitó tanto</i>	Comenzó a vomit ar, de manera, que <u>no le quedó cosa en el estómago</u>
	<i>vomitó tanto con la agitación del mar</i>	con las ansias y agitación del vómito
<u>mandó que le</u> diesen embarcación		<u>mandó que le</u> arropasen
<u>Le dejaron,</u> y la nave se partía	<i>le quisieron dejar en una isla</i>	<u>le dejasen</u> solo
	<i>con la purga, en el cuerpo</i>	aliviadísimo del cuerpo
vomitó tanto, que <u>se halló muy ligero</u>	<i>comenzó luego a mejorar</i>	se sintió <u>aliviadísimo del cuerpo</u>
y fue del todo comenzando a sanar	<i>la navegación poco a poco le fue causa de entera salud</i>	se tuvo por sano
	<i>y diciéndole el médico que, si se embarcaba aquel día, ponía en manifiesto peligro su vida, como él era <u>guiado y regido interiormente por otro divino médico, ese mismo día, con la purga, en el cuerpo, se embarcó</u></i>	podía acometer <u>desde allí adelante sin temor alguno</u> , cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.”
	<i>bebiendo</i> como de un <i>plenísimo</i>	y así se bebió de lo que no pudo

	<i>manantial y fuente de todas las gracias <u>en abundancia</u></i>	caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se había cocido <u>casi media</u> <u>azumbre</u>
--	---	---

5.- Tuvo a milagro la mejoría.

La intervención del narrador no finaliza con el relato de lo acontecido a don Quijote tras beber el bálsamo, sino que continúa narrando la reacción de Sancho al comprobar los efectos del bálsamo en su señor

Sancho Panza que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó a pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho, no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente, que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado.

Con su acostumbrada retranca, el narrador continúa aportando datos que, gracias a la ambigüedad del lenguaje, pasan como inoperantes o coloquiales, aunque son realmente detalles claves para complementar el lenguaje profundo. Es el caso de la expresión “tuvo a milagro la mejoría de su amo”, con la que se viene a reforzar el trasfondo religioso de la totalidad, a la vez que se reincide en el sentido de ‘regalo’, de ‘gracia’ que, según Ribadeneyra, le fue otorgada por Dios a Loyola. Sin olvidar que esa misma idea de milagro flota en el ambiente desde que, antes de iniciar la elaboración del bálsamo, don Quijote le atribuyera poderes milagrosos: “sanaremos en un abrir y cerrar de ojos”

Sólo un poco después, tras la autorización de don Quijote, el narrador añade otra sutilísima maravilla.

Sancho Panza que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo

que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó a pechos, y envasó bien poco menos que su amo.

Con ¡buena fe!, por fin aparece, como quien no quiere la cosa, la esencia, junto al tres, del misterio de la Trinidad: “La más profunda de las verdades de fe es ésta: habiendo un solo Dios, existen en Él tres Personas distintas -Padre, Hijo y Espíritu Santo-. Hay una sola naturaleza divina, pero tres Personas divinas.” Precisamente Loyola, durante su estancia en Manresa y en los mismos cinco puntos en los que se refiere a su conocimiento del misterio de la Trinidad, insiste en la importancia de la fe, tal como se recoge en el Relato⁶ o en la Vida

“Con estas visitaciones y regalos divinos quedaba su ánima tan esclarecida de celestial lumbre y con tanto conocimiento y seguridad de las cosas de la fe, y su espíritu tan confirmado y robusto, que pensando después estas cosas muchas veces consigo mismo, parecía y de veras se persuadía que si los misterios de nuestra santa fe no estuvieran escritos en las letras sagradas, o si (lo que no puede ser) la Escritura divina se hubiera perdido, con todo eso serían para él tan ciertos y los tendría tan fijos y escritos en las entrañas, que solamente por lo que había visto, no dudaría ni de entenderlos, ni de enseñarlos, ni de morir por ellos. (Vida I, VII)

Ya en el capítulo quince se hizo una primera alusión a la fe (“Mas yo te juro Sancho Panza, a fe de caballero andante”), pero es ahora, en el momento de la ingestión de Sancho, cuando

⁶ “Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la **fe**, que muchas veces ha pensado consigo: Si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la **fe**, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto.” (R, 29)

vuelve a aparecer, pues la fe de don Quijote en la caballería está probada, pero no la de Sancho que, como ya se ha repetido, es un acólito en formación, con escrúpulos, con dudas sobre los efectos milagrosos del bálsamo y que, como apunta Rambla S.J., debe avanzar en su propio conocimiento: “La pedagogía espiritual de los *Ejercicios* orienta hacia esa madurez tan personal de la experiencia de fe: el ejercitante ha de <<sentir y gustar internamente>> las realidades de la fe en lugar de recibir una amplias exposiciones del que le da los ejercicios: ha de ir avanzando también en un conocimiento personal y vivo”⁷ Además de buena fe, Sancho también pone su “mejor talante”, su mejor voluntad, la única manera de alcanzar, con la ayuda de la luz de la fe, lo que Iparraguirre S.J. considera “una vivencia sabrosamente sentida de la última comunicación de Dios a su alma [...] el eco de la voz de Dios [...] el rebosar del desbordamiento producido por la catarata de dones particulares”⁸ ¡Más agua!

Resulta muy ocurrente la nueva mención a los excedentes de bálsamo (“lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad”) con la que Cervantes retorna a la hiperbólica referencia a Ribadeneyra: “plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor” La idea de exuberancia que produce el superlativo unido a la pareja de sinónimos reforzados con el vocablo “abundancia”, es lo que Cervantes traduce como “no era poca cantidad”

Estimulado, pues, por el “milagro” de su señor, Sancho le imita con el objetivo de alcanzar la misma mejoría, la misma gracia, pero

Es pues el caso, que el estómago del **pobre** Sancho, no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y **desmayos**, que él **pensó bien** y **verdaderamente**,

⁷ *El peregrino, o. c.*, p. 47.

⁸ *Ibíd.*, p. 46.

que era llegada su última **hora**; y **viéndose tan afligido** y **congojado**, maldecía el bálsamo y al ladrón que se **lo había dado**.

Según el narrador, es la rudeza, el aguante del estómago de Sancho, lo que le impide vomitar el brebaje y, en consecuencia, al no arrojarlo, le provoca ese largo y angustioso malestar. Se trata de una opinión casi médica, una teoría que diferencia entre estómagos más o menos frágiles y las consecuencias contradictorias que, en determinadas ocasiones, pueden ocasionar. En este caso, se deduce que la delicadeza del estómago de don Quijote, favoreció la expulsión casi inmediata y beneficiosa del brebaje, mientras la rudeza o fortaleza del de Sancho, lo retuvo negativamente.

Conocemos de sobra la guasita del narrador y que todo este asunto del bálsamo gira en torno a la progresión ascética, a los logros místicos de Loyola, al fortalecimiento de su espiritualidad a través de visiones y regalos divinos tan importantes como el misterio de la Trinidad. En ese aspecto debe entenderse la metáfora sobre la delicadeza del estómago de don Quijote, un símbolo de la capacidad de asimilación, de aprendizaje de Loyola, gracias a la ayuda divina con que siempre contó. Así lo explica Ribadeneyra, en los capítulos dedicados a la formación de Loyola en Manresa, utilizando también el vocablo “delicadezas”

*“En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que habemos dicho que tenía (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los Ejercicios espirituales, sacado de la experiencia que alcanzó y del cuidado y atenta consideración con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y **delicadezas** en materia de espíritu y con tan admirable orden, que se ve bien la unión del Espíritu santo haberle enseñado, y suplido la falta de estudio y doctrina.”* (Vida I, VIII)

El estómago de un hombre rudo como Sancho es incapaz de asimilar tantas “*delicadezas en materia de espíritu*” y antes de vomitar revive, como los primeros seguidores de Loyola, el conjunto de sufrimientos ascéticos padecidos por él en Manresa y camino de Jerusalén: “le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y **desmayos**, que él **pensó bien y verdaderamente**, que era llegada su última hora; y viéndose **tan afligido** y **congojado**, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado”

*“Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fue comenzarle a acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados, de manera que se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto; porque aunque era **verdad** que con toda diligencia y cuidado se había confesado generalmente de sus pecados, pero nuestro Señor, que por esta vía le quería labrar, permitía que muchas veces le remordiese la conciencia y le escarbase el gusano, y dudase: si confesé **bien** aquello; si declararé bien este; si dije, como se habían de decir, todas las circunstancias; si por dejarme algo de lo que hice, no dije toda la **verdad**, o si por añadir lo que no hice mentí en la confesión. Con los estímulos de estos **pensamientos** andaba **tan afligido**, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y viglias alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio. Antes, derribado con el ímpetu de la tristeza, y **desmayado** y caído con la fuerza de tan grave dolor, se postraba en el suelo, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar, entre las cuales no tenía otra ánclora ni otro refugio sino allegarse, como solía, a recibir el santísimo sacramento del altar.” (Vida I, VI)*

Con la alegoría del gusano escarbando en la conciencia trata Ribadeneyra de hacernos comprender los enormes remordimientos de conciencia sufridos por Loyola, algo comparable con las ansias y bascas de Sancho que, también como Loyola, se siente “**afligido** y **congojado**”, y “con tantos trasudores y **desmayos**, que él **pensó bien** y **verdaderamente**, que era llegada su última hora”, en paralelo a esos hiperbólicos males de tristeza y dolor que ahogan a Loyola en las olas de su tormenta interior. Conviene resaltar en un cuadro los abundantes paralelismos para hacernos idea de la intensa labor imitativa realizada por Cervantes en cada fragmento

VIDA	QUIJOTE
<i>desmayado</i> y <i>caído</i>	trasudores y desmayos
<i>Pensamientos</i>	pensó
<i>Bien</i>	bien
<i>Verdad</i>	y verdaderamente
<u>tan afligido</u>	<u>tan afligido</u>
<i>lleno siempre de congoja</i>	congojado

A estos paralelismos formales ya hemos visto que puede añadirse la sensación general de desasosiego existente tanto en Loyola como en Sancho, sobre todo teniendo en cuenta que al escudero le ha sentado mal el bálsamo, símbolo de esa espiritualidad mal digerida y causante de las aflicciones de Loyola.

-Yo creo Sancho que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí, que este **licor** no debe de aprovechar **a los que** no lo son.

Por fin don Quijote identifica el bálsamo como un licor, equiparándolo así con la misma sustancia con la que Ribadeneyra designa el conjunto de la Trinidad: “*el sagrado licor de las perfectas virtudes*” Y, aunque no lo afirma rotundamente, duda (“Yo creo Sancho”) que su escudero pueda aprovechar tanto como él, basándose en que Sancho no ha sido armado caballero. Él, como Loyola en Montserrat, sí lo fue, de

ahí que su trayectoria sea un camino directo hacia la espiritualidad, puede beber del divino licor y beneficiarse de sus dones. Pero como toda experiencia religiosa, ese beneficio es individual e intransferible, las visiones son inasequibles para quienes no han recibido “*en el alma las señales de tan grande regalo*” Por eso a Sancho el bálsamo no le produce los efectos positivos que a su señor, por eso maldice, enfadado, cuando se le informa de la ineficacia del mejunje por la falta de un requisito, no haber sido armado caballero o, en palabras de Ribadeneyra, no ser todavía uno de “*los que de veras entran por el camino de la virtud.*”

*“Aún no había descubierto Satanás sus entradas y salidas, sus acometimientos y fingidas huidas, sus asechanzas y celadas; aún no le había mostrado los dientes de sus tentaciones, ni le había puesto los miedos y espantos que suele a los que de veras entran por el camino de la virtud. Aún no sabía nuestro Ignacio qué cosa era gozar de la luz del consuelo después de haber pasado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentación, ni había experimentado la diferencia que hay entre el ánimo alegre y afligido, levantado y abatido, caído y que está en pie, **porque** no había su corazón pasado por la mudanzas que el hombre espiritual suele pasar y experimentar” (Vida I, VI)*

Igual que, según ese fragmento, Loyola, en Manresa, todavía desconoce el verdadero mundo espiritual porque su corazón no había pasado por las mudanzas necesarias, Sancho tampoco puede asimilar el bálsamo, todavía no ha disfrutado de experiencias místicas, de milagros.

-Si eso **sabía** vuestra merced, replicó Sancho, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo **gustase**?

Sancho reprocha, al director de sus experiencias o ejercicios, no avisarle de las consecuencias. La respuesta

también está inspirada en el fragmento anterior de la Vida, donde se está informando de las vicisitudes de Loyola en Manresa (“*Aún no **sabía** nuestro Ignacio qué cosa era gozar*”), por eso el “*Aún no **sabía***” se ha reconvertido en “Si eso **sabía**”, porque don Quijote ya gustó o gozó esas vicisitudes, ahora sabe que las experiencias místicas sólo sirven para quien ha vivido, previamente, las ascéticas. A Sancho no le produce efectos el bálsamo ni será capaz de ver más allá de la bacía de barbero porque, igual que los compañeros de Loyola, forma parte de un proyecto, es un discípulo, un novicio que sólo logrará una aproximación al espíritu de su señor cuando, en el Quijote de 1615, repita por propia iniciativa, aunque obligado por las circunstancias, el camino ascético recorrido por don Quijote.

En esto hizo su operación el brebaje, y **comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales**, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de **provecho**. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no **solamente** él, sino todos **pensaron que se le acababa la vida**. **Duróle esta borrasca** y mala **andanza** casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino **tan molido y quebrantado, que no se podía tener**.

Tras la larga y desasosegante espera, por fin el bálsamo produce efectos. ¿Cuáles? “**comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales**” Nos encontramos ante otro asombroso fragmento, complejo y polisémico. En general se trata de una parodia paralela a la realizada anteriormente con el caballero, una variación sobre un mismo tema. Don Quijote vomita, arroja violentamente por la boca el contenido de bálsamo que le llega al estómago. Sancho, menos curtido espiritualmente, más lerdo, también arroja fuertemente el bálsamo de su estómago, pero más a lo bestia, pues lo expulsa por arriba y por abajo, por vómito y deposición, y, además,

“Sudaba y trasudaba”, es decir, exhalaba bálsamo por todos los poros de su cuerpo, pero con tanta vehemencia, con tanta exacerbación (“con tales parasismos y accidentes”) que “todos **pensaron** que se le acababa la vida”, algo muy parecido, metafórica o paródicamente hablando, a la vivencia, según Ribadeneyra, de Loyola en Manresa

*Mas, de ahí **adelante** hubo una gran mudanza en su ánimo y **comenzó a sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos en ella.** Porque, estando en oración y continuando sus devociones, se le secaba súbitamente algunas veces el corazón, y hallábase **tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose por** verse sin ningún gusto espiritual.*

Las dudas espirituales se describen como “grandes alteraciones y como contrarios movimientos”, una angustiada situación física que puede provocar nada menos que la sequía del corazón, o sea, un paroxismo total, la muerte. Lo que pasa es que Ribadeneyra está hablando metafóricamente, utilizando expresiones y reacciones corporales para explicar la mudanza espiritual de Loyola, definida con la siguiente fanfarria verbal: “hallábase **tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose por** verse sin ningún gusto espiritual”

Toda esta maraña lingüística, unida a las alteraciones y movimientos súbitos, ha sido interpretada por Cervantes como una convulsión semejante al vómito, una parodia paralela a la realizada con don Quijote pero distanciándose de su base textual. Si la del caballero se inspira en el viaje de Loyola con visiones místicas camino de Jerusalén, la base paródica del escudero, situado, como acólito, en un nivel más bajo, debe centrarse en un momento previo, el angustiante trance espiritual con remordimientos y problemas de conciencia vivido por Loyola en Manresa.

Tanto en el texto de la Vida como en el Quijote se produce “*una gran mudanza*”, Loyola siente grandes alteraciones y movimientos, a Sancho le ocurre lo mismo, sufre las agitaciones provocadas por lo no mencionado, el vómito, algo que también podría describirse con las palabras de Ribadeneyra: “*alteraciones y como contrarios movimientos*” Pero es en el aspecto formal donde el narrador refuerza la parodia, imitando, como en la Vida, las dos perífrasis verbales con los mismos verbos auxiliares seguidos de infinitivos con idénticos prefijos ‘des’: **comenzó a + des + por**

VIDA	QUIJOTE
<u><i>comenzó a sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos [...] desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose por</i></u>	<u><i>comenzó el pobre escudero a desaguarse por</i></u>

Al ocurrir la gran mudanza en su ánimo, Loyola “*comenzó a sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos*”, al hacer efecto el brebaje, “*comenzó el pobre escudero a desaguarse por* *entrambas canales*” La situación es simbólicamente la misma, lo que resulta especialmente gracioso es la burla sobre la retórica pedante y vacía de un Ribadeneyra capaz de enlazar, hablando de cuestiones espirituales, esos tres verbos (*desmarañar, desagradándose, desabriéndose*) tan absurdamente encadenados y que han sido sustituidos por ese “**desaguarse por**” con el que jocosamente Cervantes, una vez más, licua, transforma los inventos espirituales en el cambio que, poco a poco, produce el bálsamo en el estómago del escudero, cuya pregunta anterior, “Si eso **sabía** vuestra merced, replicó Sancho, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo **gustase**?”, también encuentra explicación en el mismo fragmento, pues Ribadeneyra achaca las consecuencias de todos esos verbos iniciados con la partícula “des”, al hecho de que Loyola se encontraba sin “*gusto espiritual*” (*no se podía valer ni*

desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose por verse sin ningún gusto espiritual”), razón por la que Sancho introduce en su pregunta el verbo gustar.

El resto de la intervención del narrador está igualmente relacionado con expresiones efectistas de este mismo capítulo VI de la Vida, y son, una vez más, un prodigio paródico condensado en miniaturas. Así cuando el narrador comenta la inutilidad de los utensilios para absorber su desagüe, (“la estera de enea sobre **quien** se había vuelto a echar, ni la manta de anejo con que se **cubría**, fueron **más de provecho**”), se aprecia un ligero desliz gramatical que no pasó desapercibido a Clemencín, que al “quien” subrayado lo adornó con la siguiente nota: “**Quien** se dice ordinariamente de las personas y no de las cosas. Cervantes solía no tener cuenta con esto” Pero de nuevo es Clemencín quien cae en la trampa y, con su pedantesca minuciosidad, nos orienta sobre el verdadero sentido del trasfondo cervantino, pues ese “quien” referido a la estera sobre la que descansa Sancho, propicia la conexión de estos objetos simbólicos con lo que representan, es decir, el confesor de Loyola en Manresa

*“Pero algunas veces, cuando quería llegar la boca para tomar el pan de vida, tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos con más fuerza, y poderosamente le arrebataban y desviaban de delante del altar donde estaba puesto de rodillas, y entregado del todo a los dolorosos gemidos, soltaba las riendas a las lágrimas copiosas que le venían. Daba voces a Dios y decía: - Señor gran fuerza padezco; responded Vos por mí, que yo no puedo mas -. Y otras veces con el apóstol decía: - Triste de mí y desventurado ¿quién me librá de este cuerpo y de la pesadumbre de esta más muerte que **vida** que con él traigo? - Ofrecíasele a él un remedio, y parecíale que sería el mejor de todos para librarse de estos escrúpulos. Este era que su*

*confesor, a **quien él tenía por padre** y a **quien él descubría** enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegase y en nombre de Jesús Cristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada. Mas, porque por haber salido de él este remedio tenía le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor.” (Vida I, VI)*

El confesor a quien Loyola descubre “*los secretos y movimientos de su alma*”, se ha transformado en la estera y manta incapaces de absorber los jugos gástricos evacuados por Sancho. El referente clave es ese “quien”, repetido dos veces en la Vida, con el que Cervantes personaliza la estera y la manta, objetos que cumplen la misma función de absorber algo indeseado, expulsado, llámese vómito o pecado descargado en confesión: “*a **quien él tenía por padre** y a **quien él descubría** enteramente todos los secretos y movimientos de su alma*” A ese referente puede añadirse la genial sustitución del “*descubría*” por su antónimo “*cubría*”, y la expresión “*más daño que provecho*” que Cervantes transforma en “*más de provecho*”

Desde luego lo que resulta realmente irreverente y genial es la transformación de los movimientos del alma de Loyola en las convulsiones del estómago de Sancho, y los respectivos receptores.

Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente **él**, sino **todos pensaron que se le acababa la vida**.

Todos los fluidos derramados por Sancho siguen siendo símbolos de los movimientos del alma que desasosiegan a Loyola y le hacen llorar copiosamente, haciéndole pensar, como a Sancho, que se le acaba la vida

¿quién me libraré de este cuerpo y de la pesadumbre de esta más muerte que vida que con él traigo?

El cuerpo de Loyola, como el de Sancho, está más muerto que vivo, una sensación que permanece durante el tiempo de estancia en Manresa, especialmente un día que, metafóricamente, Ribadeneira denomina como una gran tormenta

Habiendo, pues, pasado este trabajo tan cruel algunos días, fue tan grande y recia la tormenta que un día pasó con estos escrúpulos que, como perdido el gobernalle y destituido y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento en oración, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó a dar voces y a decir en grito” (Vida I, VI)

La metáfora atmosférica (“*grande y recia la tormenta*”) utilizada por Ribadeneira para hablar de los escrúpulos, la convierte el narrador en la “borrasca” vivida por Sancho mientras dura la larga vomitera (“casi dos horas”), la limpieza interna con la que el narrador está simbolizando el acto espiritual de eliminar los escrúpulos de conciencia

Duróle esta borrasca y mala **andanza** casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino **tan molido y quebrantado, que no se podía tener.**

El narrador utiliza una expresión comparativa (“**tan molido y quebrantado, que no se podía tener**”) que, una vez más, completa, simbólicamente, el contenido paródico del núcleo de la Vida, pues tan bien Ribadeneira, para expresar la angustia vivida por Loyola durante su limpieza interior, recurre a una expresión paralela

y hallábase tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer

La expresión “**tan angustiado y tan enredado**” se ha sustituido por “**tan molido y quebrantado**”, también muy del gusto de Ribadeneira, que en este mismo capítulo describe a Loyola acosado de escrúpulos y lleno siempre “*de congoja y quebranto*”, razón por la que Sancho quedó “tan molido y

quebrantado, que **no se podía tener**”, con lo que se imita la expresión final, aunque cambiando el infinitivo “*valer*” por su análogo “*tener*”

VIDA	QUIJOTE
<i>tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer</i>	tan molido y quebrantado, que no se podía tener

Llama, igualmente, el narrador a la experiencia de Sancho “mala andanza” (“Duróle esta borrasca y mala **andanza** casi dos horas”), inspirándose en las muchas ocasiones en que, en el capítulo núcleo, Ribadeneyra recurre simbólicamente al verbo andar

-“¿Por qué **andas** tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que tratando con esta gente tan vil y **andando** como uno de ellos oscureces y apocas la nobleza de tu linaje?”

-“¿Qué manera de guerra es ésta en que **andamos**?”

-“Con los estímulos de estos pensamientos **andaba tan afligido**”

-“Por qué permitís que **ande** tan triste”

A diferencia de don Quijote, que después de beber el bálsamo “quedóse dormido más de **tres** horas” y despertó como nuevo, la “borrasca y mala andanza” de Sancho sólo dura “casi dos horas”, no llega a alcanzar ese tres mágico en torno al que gira la panacea del capítulo, un detalle con el que Cervantes matiza de nuevo la diferencia de niveles espirituales entre amo y escudero.

VIDA	QUIJOTE
<i>todas las gracias</i>	tuvo a milagro
<i>cosas de la fe</i>	con buena fe
<i>plenísimo manantial y fuente...en abundancia</i>	no era poca cantidad

<i>delicadezas en materia de espíritu</i>	no debía de ser tan delicado
<i>desmayado y caído</i>	trasudores y desmayos
<i>pensamientos</i>	pensó
<i>bien</i>	bien
<i>verdad</i>	verdaderamente
<i>tan afligido</i>	tan afligido
<i>lleno siempre de congoja</i>	congojado
<i><u>a los que de veras entran por el camino de la virtud</u></i>	este licor no debe de aprovechar <u>a los que</u> no lo son.
<i>Aún no sabía nuestro Ignacio qué cosa era <u>gozar</u></i>	Si eso sabía vuestra merced, replicó Sancho, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase
<i><u>comenzó a sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos [...]</u> <u>desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose por</u></i>	comenzó el pobre escudero a desaguarse por
<i>sin ningún gusto espiritual</i>	para qué consintió que lo gustase
<i>a quien él <u>descubría enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, [...]</u>le hiciese más daño que provecho,</i>	la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anejo con que se cubría , fueron más de provecho
<i>¿quién me libraré de este cuerpo y de la pesadumbre de esta <u>más muerte que vida que con él traigo?</u></i>	no solamente él , sino todos pensaron que se le acababa la vida .
<i>fue tan grande y recia la <u>t tormenta que un día pasó con estos escrúpulos</u></i>	Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas
<i>tan angustiado y tan</i>	tan molido y quebrantado,

<u>enredado, que no se podía</u> <u>valer</u>	<u>que no se podía tener</u>
<i>andas tan pobre</i>	mala andanza

6.- Seguridad y confianza.

Finalizada la descripción de la convulsa reacción de Sancho, el narrador continúa su monólogo

Pero don Quijote, que como se ha dicho, se sintió **aliviado** y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo; y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo.

Don Quijote, volviendo a la parodia de Loyola camino de Jerusalén, ya ha superado la época de escrúpulos, atrás ha quedado la ascética de Manresa que ahora practica su escudero, razón por la que, según el narrador, don Quijote se sintió aliviado pues, según Ribadeneyra, en los días de Manresa, Loyola no encontraba alivio

*Con los estímulos de estos pensamientos andaba tan afligido, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y vigiliass **alivio**, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio.”*
(Vida I, VI)

Don Quijote vive sus experiencias en otro nivel, por eso, en su alternancia paródica, en el vaivén entre la ascética de Sancho y la mística de don Quijote, el narrador vuelve a poner sus ojos en el caballero, centrando de nuevo la imitación en el capítulo correspondiente al viaje a Jerusalén, donde antes de partir, Loyola

*“Comenzó, pues, a tratar de la provisión del bizcocho que le pedían, y juntamente a **congojarse** y **afligirse** pareciéndole que esto era ir ya contra sus propósitos y contra el deseo de aquella perfectísima pobreza que Dios nuestro Señor **le había dado**, y contra aquella confianza tan segura y filial con que quería estar todo*

pendiente y colgado de la mano de Dios”(Vida I, X)

Loyola quiere cumplir sus propósitos a la perfección, cualquier duda o diferencia con respecto a la imitación que se ha propuesto, le congoja y aflige. Don Quijote, una vez reforzado su ánimo con la seguridad del bálsamo, desea abandonar la venta inmediatamente, cumplir sus objetivos. La frase central (**pareciéndole que** + **era**) se repite en ambos textos

-pareciéndole que esto era ir ya contra sus propósitos (V)

-pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, **era** quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo (Q)

Pero, además, Cervantes imita con mucha sutileza el contenido general del fragmento, pues el deseo de don Quijote de partirse en busca de aventuras se inspira en el deseo de Loyola de cumplir, a rajatabla, sus propósitos de pobreza. Y para que no exista la menor duda sobre la analogía entre los textos, Cervantes la refuerza con ese nuevo paralelismo existente entre “la **seguridad** y **confianza**” que don Quijote lleva en el bálsamo y la “*confianza tan segura*” que Loyola lleva en Dios, un paralelismo también muy significativo en cuanto aclara, definitivamente, la función de refuerzo espiritual, de gracia divina, que simbólicamente cumple el bálsamo

*- aquella **confianza tan segura** y filial con que quería estar todo*

pendiente y colgado de la mano de Dios (V)

- con la **seguridad** y **confianza** que llevaba en su bálsamo. (Q)

Lo que Ribadeneira, con sus típicos gorgoritos literarios, convierte en una frase abstracta e ininteligible, muy del gusto de la literatura religiosa, que envuelve a sus incultos y poco objetivos lectores en esa especie de encantamiento impreciso y sonoro en el que quedan como atolondrados, Cervantes lo convierte en una frase rotunda, en una nota

aclaratoria a la Vida, en cuanto que sirve para despejar el confuso sentido de una frase cuyo contenido es expresar la confianza que Loyola llevaba en su Dios.

El resto de la fraseología caballeresca, como ya se ha visto en muchas ocasiones, pertenece también a la Vida, por ejemplo

*“particular providencia con que envió al padre Ignacio **al mundo** para que, como ministro fiel, sirviese a su Iglesia y le diese hijos y soldados que la defendiesen y **amparasen**.”* (Vida II, XVIII)

*“le dio dineros para el camino y le ofreció todo **favor y amparo**”* (Vida I, XIV)

El cuadro general refleja los abundantes referentes formales

VIDA	QUIJOTE
<i>ni con los ayunos y viglias alivio</i>	se sintió aliviado
<i><u>pareciéndole que esto era</u></i>	<u>pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era</u>
<i><u>confianza tan segura y filial con que quería estar todo pendiente y colgado de la mano de Dios</u></i>	<u>seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo</u>
<i><u>al mundo</u> [...]que la defendiesen y amparasen le ofreció todo <u>favor y amparo</u></i>	<u>al mundo [...] menesterosos de su favor y amparo</u>

7.- Santísimo bálsamo.

Un poco más adelante, en este mismo capítulo 17, cuando Sancho, hecho polvo tras el manteo sufrido en la venta, recibe la compasiva ayuda de Maritornes, se vuelve a nombrar la pócima

-¡Hijo Sancho **no bebas** agua!, ¡hijo **no la bebas** **que te matará!** ¿ves? aquí tengo el **santísimo bálsamo** (y enseñábale la alcuza del brebaje) que **con dos gotas que dél bebas** sanarás sin duda.

El consejo de don Quijote forma parte también de la burla en torno al capítulo núcleo y el fragmento sobre el que gira esta parte de la parodia, donde, según Ribadeneyra, Loyola, imitando a un santo, se propuso no comer ni beber hasta alcanzar la paz deseada

*A cuya imitación propuso él también de **no comer ni beber** hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se **viese** por ello **a peligro de morir.***

Don Quijote está sugiriéndole a Sancho que no beba porque le matará, es decir, si bebe, según se dice en la Vida, es porque se encuentra en “peligro de morir”, por lo que le aconseja seguir la penitencia, ya que Loyola salió adelante.

Además don Quijote ha calificado al bálsamo de “santísimo”, otro atrevimiento cervantino, pues dicho superlativo aparece siempre asociado a la “santísima Trinidad” o al “santísimo sacramento” de la comunión. Para mitigar el atrevimiento, el narrador incluye, en medio de la intervención de don Quijote, un paréntesis explicativo, “(y enseñábale la alcuza del brebaje)”, con el que pretende alejar el “santísimo” de cualquier asociación que no sea el juego jocoso con las locuras de don Quijote. Pero ocurre que, al utilizar el verbo enseñar, de nuevo Cervantes conecta el bálsamo con el ya comentado aprendizaje entre Dios y Loyola o, en este caso, entre Don Quijote y Sancho. La perspicaz y literata Inquisición portuguesa también suprimió el “santísimo” del bálsamo, cuya efectividad, por otra parte, aparece de nuevo asociada a la

fuerza inmediata de los milagros: “con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda”.

A estas **voces** volvió Sancho **los ojos** como de través, y dijo con otras mayores:

Tanto las voces de don Quijote como las “otras mayores” con las que responde Sancho, forman parte también del trasfondo paródico de la situación de Loyola en Manresa

-“comenzó a dar gritos a Dios vocalmente” (R, 23)

-“Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: << Señor, no haré cosa que te ofenda >>; replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces” (R, 24)

-“*Daba voces a Dios y decía*” (Vida I, VI)

-“*comenzó a dar voces y a decir en grito: - Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío*” (Vida I, VI)

A las voces de don Quijote, Sancho vuelve” los ojos como de través”, es decir, como alguien noqueado, como alguien que, después de una vomitera y manteo extenuantes, sale medio muerto y recibe el consejo de volver a beber una de la causas del mal que está padeciendo, en paralelo al momento en que Loyola, en el capítulo núcleo, abre los ojos

- *y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien despierta de un profundo sueño, abrió los ojos para ver lo que antes no veía*” (Vida I, VI)

Loyola mira “*como quien despierta de un profundo sueño*”, es decir, también como noqueado, y comienza a “*ver lo que antes no veía*”, lo mismo que le ocurre a Sancho pues, la decepción ante los efectos del bálsamo y la frustración del manteo, le han cambiado la visión, tal como sugiere su crítica y esquiva respuesta

-¿Por dicha hásele olvidado a vuestra merced, como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de

anoche? Guárdese su **licor** con todos los diablos,
y déjeme a mí.

De nuevo la ambivalencia del lenguaje coloquial permite a Sancho volver a definir y equiparar el bálsamo con el licor de Ribadeneyra, ahora definido como un licor cargado de “diablos”, otra referencia a las dudas heréticas de las visiones de Loyola y también a la osadía de Cervantes al atreverse a jugar con el dogma de la Trinidad.

8.- La color.

El capítulo diecisiete finaliza sin más referencias al bálsamo, que vuelve a mencionarse de forma importante, ya casi por última vez, en el capítulo 18. Tras abandonar la venta, durante el famoso episodio de los dos rebaños, don Quijote, creyendo que se enfrenta al ejército de Alifanfarón, se lanza contra él y mata a unas cuantas ovejas, , provocando la furia de los pastores, que le responden con piedras

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo; viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o malferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, machucándole malamente dos dedos de la mano.

De nuevo vuelve a definirse el bálsamo como “licor” y, de nuevo, vuelve a relacionarse, como en el capítulo anterior, con los números tres y cuatro que recuerdan, como ya se comentó, no sólo la asociación con el tres y, por lo tanto, con el misterio de la Trinidad, sino con el inquietante problemilla de Loyola sobre la conveniencia de rezar tres o cuatro oraciones.

Pero conozcamos el final del episodio. Tras caer herido, los pastores, temiendo haber provocado un grave mal a don Quijote, se alejan apresuradamente, momento aprovechado por Sancho para aproximarse a su amo, que le ruega comprobar cuántas muelas y dientes le faltan

Llegóse Sancho tan **cerca**, que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el **estómago** de don Quijote, y al tiempo que Sancho **llegó** a mirarle la boca, **arrojó de sí** más **recio** que una

escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

-¡Santa María!, dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido?, sin duda este **pecador** está herido **de muerte**, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la **color**, sabor, y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza, que él le había visto beber, y fue **tanto** el asco que **tomó**, que revolviéndosele el **estómago**, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas.

La aproximación de Sancho y la escatológica escena, en la que ambos personajes quedan embadurnados y, simbólicamente, ungidos con los vómitos del compañero, es una recreación en otra de las visiones y momentos místicos de Loyola en Manresa, en uno de aquellos cinco puntos que él mismo compendió en el Relato como ejemplo de las enseñanzas recibidas de Dios. El primer punto, relativo a las tres o cuatro oraciones a la Trinidad, acaba de ser recordado con motivo del recuento de la dentadura, ahora la parodia recae sobre el quinto

“(5º) Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz, que estaba allí **cerca**, a dar gracias a Dios, y allí le apareció aquella visión que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo, que le parecía muy hermosa, con muchos ojos. Mas bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa **color** como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio; y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él a modo de menosprecio lo

desechaba con un bordón que solía traer en la mano.

Estando enfermo una vez en Manresa, **llegó** de una fiebre muy **recia** a punto **de muerte**, que claramente juzgaba que el ánimo se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo, con el cual **tomaba tanto** trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle. Mas aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar, y empezó a dar grandes gritos a unas señoras, que eran allí venidas por visitalle, que por amor de Dios, cuando otra vez le viesen en punto **de muerte**, que le gritasen a grandes voces, diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.” (R, 31-32)

Es igualmente imprescindible conocer la versión de Ribadeneyra, contenida en el capítulo titulado “*Cómo cayó malo de una grave enfermedad*”, porque Cervantes parodia, con su natural genialidad, información de ambos textos

“Volviendo, pues, a su vida, que era la que habemos contado, acontecíale muchas veces que, queriendo las noches dar un poco de reposo a su fatigado cuerpo, le sobrevenían a deshora tan grandes como ilustraciones y, soberanas consolaciones, que embebecido y transportado en ellas, se le pasaban las más noches de claro en claro sin sueño, y le robaban el poco tiempo que él tenía señalado para dormir. Más después, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podría nacer de buena y mala raíz. Y examinando y tanteando bien, por una

parte y por otra, todas las razones que de esto se le ofrecían, al fin acordó que sería mejor despedirlas y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necesario para su sustento. Pero ya estaba tan quebrantado de los excesivos trabajos del cuerpo y continuos combates del alma, que cayó en una grave enfermedad, en la cual los regidores y ayuntamiento de Manresa le proveían de todo lo necesario con mucha caridad; y con esta misma le servían muchas personas honradas y devotas. Llególe la enfermedad hasta el último trance de la vida, y aparejándose ya para la **muerte** y encomendándose a Dios de corazón, el demonio, que no dormía, le representó un molestísimo pensamiento, dándole a entender que no tenía de qué temer, siendo como era hombre tan justo y santo. Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusión de sus pecados pasados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal. Pero, como no pudiese desecharla, fue gravísimo el tormento que sintió, y mucho mayor la fatiga que daba a su alma la lucha de esta espiritual batalla que el dolor y trabajo que le daba al cuerpo la enfermedad, que en tanto estrecho le ponía de la vida.

Como se sintió algo mejor y pudo hablar, comenzó a dar y rogar y conjurar a los que allí estaban presentes que, cuando otra vez le viesen en semejante peligro y agonizando con la **muerte**, a grandes gritos le dijesen: ¡O miserable **pecador**; o hombre desventurado: acuérdate de las maldades que has hecho y de las ofensas con que has atesorado la ira de Dios contra ti!. En convaleciendo un poco, luego se

tomó a sus acostumbradas penitencias y asperezas de vida. Y así recayó la segunda y tercera vez. Porque con una determinación de ánimo infatigable y perseverante trabajaba de vencerse en todo y por todo, y tomaba carga sobre sí más pesada de la que sus fuerzas podían llevar. Pero, al fin de la larga experiencia y un grave dolor de estómago que a menudo le salteaba, y la aspereza del tiempo, que era en medio del invierno, le ablandaron un poco para que obedeciese a los consejos de sus devotos y amigos. Los cuales le hicieron tomar dos ropillas cortas de un paño grosero y pardillo para abrigar su cuerpo, y del mismo paño una media caperuza para cubrir la cabeza.” (Vida I, IX)

Quienes conocen *El triunfo de don Quijote* recordarán sin duda el fantasmagórico inicio de este capítulo, porque la frase “se le pasaban las más noches de claro en claro sin sueño” sirvió a Cervantes, en el capítulo primero de la novela, como uno de los referentes claves (“se le pasaban las noches leyendo de claro en claro”), como una de las pistas esenciales para la primera identificación de las fuentes paródicas. También se ha visto, un poco más arriba, utilizar este capítulo de la Vida como base para el desarrollo de la imposibilidad del vómito de Sancho. Ahora Cervantes vuelve a él para contraponer de nuevo las dos posiciones, la del escudero en fase ascética, e imposibilitado para librarse de escrúpulos y tentaciones, y la del caballero más adelantado y capaz de ‘arrojar de sí’ lo que dentro le hacía daño. Por eso, según el narrador, en el momento en que Sancho se aproximó a la boca de su señor para analizar la situación de la dentadura, este “arrojó de sí más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía”, expresión con la que se retorna al capítulo de la Vida donde Ribadeneyra expresa cómo Loyola, encontrándose a punto de muerte, intenta librarse de un mal pensamiento, “*arrojar de sí*”

unos escrúpulos metafóricamente denominados “*centella de fuego infernal*”

Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusión de sus pecados pasados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal

Cervantes ha utilizado la frase “más recio que una escopeta” como símil metafórico de la expresión “*centella de fuego infernal*” pues, según Covarrubias, la centella es “aquella raspa de fuego pequeñita que salta del pedernal herido”, una poética definición con la que se alude al fuego de la escopeta, ya que, el mismo Covarrubias, define el pedernal como la “piedra de que se saca fuego herida con el eslavón” Precisamente el vocablo recio es, también según Covarrubias, lo “que está firme y fuerte y dificultoso de torcer”, es decir, la trayectoria de un disparo, de una centella, de un vómito arrojado por impulso mecánico del estómago. Pero es que el vocablo recio conecta, además, con el fragmento correspondiente del Relato donde se informa de que Loyola “Estando enfermo una vez en Manresa, **llegó** de una fiebre muy **recia** a punto **de muerte**, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego.” Aunque “recia” tiene aquí el sentido de fuerte, alta, su función fundamental con respecto al texto cervantino es la de servir de referente, de llamada que pone en conexión la acción del vómito de don Quijote con la acción de Loyola arrojando su alma: “el ánima se le había de salir luego.”

Entre estas dos frases se encuentra el núcleo central de la parodia, el impulso de vaciarse, de arrojar desde el interior del cuerpo algo espiritual (Loyola tan a punto de muerte que siente que el alma se sale) o algo material (el estómago de don Quijote tan convulsionado que vomita cuanto tenía). Hay dos claros referentes formales, el verbo llegar, que marca en ambos casos el inicio de la acción (llegó... a punto // llegó a mirarle) y el vocablo recio, que en el caso de Loyola actúa como

calificativo de la fiebre (“una fiebre muy **recia**”) y, en el de don Quijote, como complemento verbal que señala la rapidez o ímpetu con que actúa la escopeta, metáfora, a su vez, de la rápida convulsión del estómago.

arrojó de sí más **recio** que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

RELATO	VIDA	QUIJOTE
“Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que <u>el ánimo se le había de salir luego.</u> ”	<i>Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusión de sus pecados pasados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal</i>	“al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía”

Al recibir el baño de vómitos Sancho exclama: “¡Santa María! [...] ¿y qué es esto?”, una pregunta retórica con la que demuestra su miedo al comprobar el color sanguinolento de lo que acaba de recibir en su rostro, y que le lleva a responderse: “este **pecador** está herido **de muerte**, pues **vomita sangre por la boca**” Aunque enseguida, debido al color, olor y sabor, se da cuenta de que no es sangre, sino bálsamo. Pero vayamos por partes en esta compleja y maravillosa respuesta de Sancho.

Además de la interjección “¡Santa María!”, con la que de nuevo vuelve a mostrar, en el lenguaje profundo, su temor ante la posibilidad de herejía en las visiones de Loyola, o ante el miedo a las atrevidas irreverencias cervantinas, Sancho llama, coloquialmente, a don Quijote, “pecador”, afirmando, de entrada, que “está **herido de muerte**”, tal como ya hemos visto

que, al inicio del segundo fragmento del Relato, se encontraba Loyola, con tanta fiebre que se le considera “a punto de muerte”, situación a la que vuelve a referirse Loyola cuando, al final de ese mismo fragmento, dirigiéndose a unas señoras, les ruega que: “cuando otra vez le viesen en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces, diciéndole **pecador**, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.” La versión de Ribadeneyra es muy similar: “*cuando otra vez le viesen en semejante peligro y agonizando con la **muerte**, a grandes gritos le dijese: ¡O miserable **pecador**;*”

Loyola pide a las señoras que, cuando lo vean a punto de muerte, le llamen “pecador”, lo mismo que ha hecho Sancho con su amo “este **pecador** está herido de muerte” Burlescamente, Cervantes pone en boca de Sancho el deseo de Loyola que, también según Ribadeneyra, se preguntaba en Manresa “¿Qué es esto, Señor?”, la misma expresión con la que Sancho ha iniciado su intervención: “¡Santa María! [...] ¿y qué es esto?”, aunque variando el nombre del Señor por el de Santa María.

RELATO	VIDA	QUIJOTE
le viesen en punto <u>de muerte</u> , que le gritasen a grandes voces, diciéndole pecador	<i>-con esto se volvía a Dios y decía: - ¿<u>Qué es esto</u>, Señor? (Vida I, VI) -le viesen en semejante peligro y agonizando con la muerte, a grandes gritos le dijese: ¡O miserable pecador</i>	¿y <u>qué es esto</u> que me ha sucedido?, sin duda este pecador está herido <u>de muerte</u> ,

Esa primera impresión de arrojar sangre por la boca, cambia al darse cuenta Sancho, por “la **color**, sabor, y olor”, de que lo arrojado no es sangre, sino bálsamo.

Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la **color**, sabor, y olor, que no era sangre, sino

el bálsamo de la alcuza, que él le había visto beber

Conviene recordar el inicio del primer fragmento del Relato

Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz, que estaba allí **cerca**, a dar gracias a Dios, y allí le apareció aquella visión que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo, que **le parecía** muy hermosa, con muchos ojos. Mas bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía; y tuvo muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio; y así después muchas veces por mucho **tiempo** le solía aparecer, y él a modo de menosprecio lo desechaba con un bordón que solía traer en la **mano**.

Lo que “duró un buen rato” es la conocida como “eximia ilustración del Cardoner”, un especial momento de iluminación interior considerado “como uno de los dones más preciados otorgados por Dios a Iñigo”⁹ Tras ese momento Loyola se hinca de rodillas y le sobreviene otra visión que se le repetía desde la llegada a Manresa

“Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro veer una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No divisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. El se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más

⁹ *El peregrino, Autobiografía*, o.c., p. 48

crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplazaba dello.” (R, 19)

Esta visión retornada después de la iluminación del Cardoner, es decir, después de la ilustración divina que le otorgó el don de distinguir entre espíritus buenos y malos, ya no tiene “tan hermosa **color** como solía”, ahora él ya sabe “que aquel era el demonio”, y lo desecha con facilidad.

Ribadeneyra, que también informa sobre la “culebra” en el capítulo I, VII, se refiere posteriormente a este asunto, en el capítulo núcleo, llamándole “negocio peligroso”

Más después, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podría nacer de buena y mala raíz” (Vida I, IX)

Loyola se percató del peligro del “negocio”, de su mala raíz, porque ha mirado “atentamente en ello”, es decir, ha hecho lo mismo que Sancho, “reparando un poco más en ello”

En definitiva, Sancho reconoce el bálsamo gracias a la atención que le presta y al color que posee lo arrojado por don Quijote, una parodia sobre la capacidad de discernir entre espíritus buenos y malos adquirida por Loyola tras su visión del Cardoner y las posteriores visitas del diablo. La clave ha estado precisamente en dos detalles especificados en el Relato, primero la acción de concentrarse, de fijarse bien (“Mas bien vio”), y después, el color

Mas bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa **color** como solía.

Sancho hace lo mismo, repara un poco más en ello y distingue el cambio de color

Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la **color**, sabor, y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza, que él le había visto beber

En ambos casos el color activa la alerta, sirve para identificar, en el caso de Loyola, al demonio, y en el de Sancho, al bálsamo. ¿Se comprende ahora por qué el escudero

rechazó el bálsamo diciéndole a don Quijote “Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí.”? Efectivamente, Sancho está parodiando la actitud de los inquisidores y gran parte del pueblo, no creer que Loyola haya alcanzado poderes divinos, él mismo confiesa cómo durante parte de su estancia en Manresa contempló al diablo en forma de serpiente, y eso es lo que Sancho percibe ahora, una forma demoníaca cuyo color, sabor y olor le provoca otra gargantada

y fue **tanto** el asco que **tomó**, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas.

Nuevo asco que sirve de retorno para volver al núcleo del Relato

Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo, con el cual **tomaba tanto** trabajo, **que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados** delante”

El mismo fragmento que inspira el vómito de don Quijote sirve de base para el de Sancho. Cervantes transforma la repugnancia, el asco de Loyola al contemplar “sus pecados delante”, en el asco de Sancho al recibir la papilla de don Quijote, convirtiendo la escena, según Elena Fernández de Molina, en un coloquial potoe.

Como siempre, Sancho, en esta carrera subyacente hacia la espiritualidad, va detrás de su amo, el acólito es el último en arrojar la suciedad, el pecado, antes de alcanzar el estado de gracia. El núcleo paródico es la frase

“tomaba tanto trabajo, **que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados** delante”

Cervantes crea una estructura paralela con el verbo tomar, la expresión “tanto...que” y el vocablo asco, en sustitución del sinónimo repugnar utilizado en el Relato

y fue tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas.

De esta forma, amo y escudero, quedan unidos en una especie de unción coprológica, cuyo trasfondo no es otro que la crisis de escrúpulos vivida por Loyola en Manresa y la “nueva luz”, o bálsamo salutífero, obtenido tras ella: “El peregrino obtiene una nueva luz sobre el discernimiento de las mociones interiores a partir de la dolorosa experiencia de los escrúpulos”¹⁰

RELATO	VIDA	QUIJOTE
Llegó	<i>Llególe</i>	Llegóse
cerca		cerca
	<i>estómago</i>	estómago
Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte , que claramente juzgaba que <u>el</u> <u>ánima se le había de salir luego</u> .	<i>Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusión de sus pecados pasados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal</i>	y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.
	<i>se volvía a Dios y decía: - ¿Qué es esto, Señor?</i>	¿y qué es esto que me ha sucedido?
le vieses en punto de muerte , que le gritasen a grandes voces,	<i>cuando otra vez le vieses en semejante peligro y agonizando con la</i>	este pecador está herido de muerte

¹⁰ Ibídem, p. 44.

diciéndole pecador	<i>muerte, a grandes gritos le dijese: ¡O miserable pecador</i>	
<u>Mas bien vio</u> , estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía	<i><u>Más después, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podría nacer de buena y mala raíz.</u></i>	<u>Pero reparando un poco</u> más <u>en ello</u> , echó de ver en la color , sabor, y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza
tomaba tanto trabajo, que no hacía sino <u>repugnarle</u>		fue tanto el <u>asco</u> que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas

Aunque el resto de la información del narrador y los siguientes diálogos entre amo y escudero continúan cargados de sutilísimas referencias religiosas, el bálsamo no vuelve a mencionarse en este capítulo 18. Incluso puede decirse que, salvo dos referencias en los capítulos 21 y 25, y otro par de esporádicas alusiones, el bálsamo es un recurso agotado.

9.- Recapitulaciones.

Recordemos que, desde su aparición en la novela, el bálsamo se muestra como “una suerte de panacea mágica, de medicamento”¹¹ casi milagroso que, “con sola una gota”, produce efectos tan maravillosos como sanar “en un abrir y cerrar de ojos”

Bajo ese prisma inicia Cervantes la complejísima parodia desarrollada a lo largo de unos cuantos capítulos pertenecientes, fundamentalmente, a la Tercera parte de 1605. La base profunda de la imitación es la versión que, tanto el Relato como la Vida, ofrecen de la devoción y conocimiento que, durante su etapa en Manresa, siente Loyola por el misterio de la santísima Trinidad, dogma de fe cuyo principio teológico es la existencia de un único Dios compuesto por tres personas distintas. Razón por la que el número tres aparece, disimuladamente, como una constante casualidad a lo largo de los distintos capítulos: menos de “tres” son los reales con los que, según don Quijote, pueden fabricarse “tres” azumbres de bálsamo; más de “tres” son las horas durante las que duerme don Quijote tras ingerir el bálsamo; “tres” o cuatro son los dientes que le arranca la pedrá a don Quijote mientras bebe bálsamo de la alcuza.

Pero ¿de dónde procede el bálsamo? ¿cómo fabricarlo? Según el caballero tiene “la receta en la memoria”, respuesta genial con la que Cervantes conecta el bálsamo con el aprendizaje y conocimiento de la Trinidad que Loyola fue adquiriendo en Manresa gracias al esfuerzo y a las “noticias espirituales, que en aquellos tiempos le imprimía Dios en el alma”, una metáfora sobre el aprendizaje y la memoria que Ribadeneyra versiona con los verbos estampar, imprimir o esculpir.

No menos fantástica es la reacción de Sancho al conocer las posibilidades de fabricación del bálsamo. Su deseo, su exigencia de poseer la fórmula para poder beneficiarse económicamente, se corresponde con el deseo de Loyola de

¹¹ *Quijote mágico*, Mar Rey, p. 65.

aprender, de lograr la espiritualidad a través del camino ascético de sacrificios y primeros pasos espirituales vividos en Manresa, de forma que, a partir de aquí, amo y escudero avanzan juntos, aunque nutriéndose de momentos distintos de las fuentes, es decir, mientras Sancho representa al inexperto Loyola viviendo sus primeras experiencias espirituales en Manresa, don Quijote desarrolla los momentos ya místicos de visiones divinas que Loyola vive antes y durante su estancia en Jerusalén.

Todos estos importantes detalles que matizan el sentido profundo de la parodia, alcanzan su máxima analogía con las fuentes ignacianas al entrar en relación con el núcleo, con el objetivo paródico central: la descripción simbólica realizada por Ribadeneyra para explicar la relación de Loyola con la Trinidad, y su aprovechamiento del misterio. Siguiendo la tradición, y añadiendo algunos toques personales, Ribadeneyra construye una fantástica explicación del beneficio espiritual que obtiene Loyola del misterio, convertido, por obra del lenguaje, en un abundante manantial de gracias divinas o, lo que es lo mismo, *“el sagrado licor de las perfectas virtudes”*, frase central, núcleo en torno al que gira la esencia paródica del bálsamo de Fierabrás.

En efecto, tanto Sancho que lo repite dos veces, como don Quijote y el narrador que lo hacen una vez, todos definen, igual que Ribadeneyra, el bálsamo como un licor. Sancho, en analogía con el “sagrado” de la Vida, llega incluso a calificarlo de “estremado” y, además, el narrador añade otras dos cualidades que lo identifican de forma total con el licor de la Vida: el bálsamo es precioso y virtuoso.

No menos ingenioso es el sentido de aprendizaje, de enseñanza y, a su vez, de regalo o merced que trasciende a lo largo del episodio, siempre en consonancia con el trasfondo ignaciano, pues tanto el conocimiento como la gracia espiritual recibida por Loyola, es un don de Dios, una concesión que, igualmente, don Quijote transfiere a su escudero y discípulo.

Una vez definido el bálsamo y su relación con las fuentes, Cervantes se muestra muy osado con su elaboración. Recreándose en los contenidos teóricos del misterio, crea una receta basada en la mezcla de cuatro elementos simples que dan lugar a un compuesto. Es en esa descripción del narrador (“él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto”) donde alcanza su punto álgido el atrevimiento, especialmente porque sobre ese compuesto, embasado en una alcuza, don Quijote realiza en una serie significativa de oraciones y símbolos religiosos que convierten la ceremonia en una auténtica chufra piadosa en torno a la Trinidad, cosa que, una vez más de forma genial, queda reforzada por el movimiento escénico de los personajes, convertidos en piezas de un baile ajedrecístico cuyo objetivo es siempre sugerir el número tres. También las tres figuras mudas y hieráticas que presencian la ceremonia, podrían sugerir las tres teclas mencionadas por Loyola en el Relato¹² y censuradas por Ribadeneyra.

Especial relevancia, dentro de la elaboración, adquieren la aceitera y el número “ochenta”, tomados como referencia para medir, a modo de crítica erasmista¹³, la enorme cantidad de oraciones y bendiciones dichas por don Quijote sobre la alcuza, vasija donde se vierte el bálsamo y que, al especificarse su constitución de hoja de lata, se convierte por magia de la polisemia cervantina, en una ingeniosa metáfora del libro de ochenta hojas sobre el que Loyola escribía, según Ribadeneyra, sus impresiones del misterio de la Trinidad.

Una vez embasado y elaborado el bálsamo, don Quijote bebe una importante cantidad que, inmediatamente, le provoca un intenso vómito y un sudor copiosísimo, prácticamente lo

¹² “Y estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de nuestra Señora, se le empeçó a elevar el entendimiento, como que vía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer”

¹³ “¿No te parece que cuando Dios hace mención de las ceremonias y ritos sagrados o del número de oraciones, señala como con el dedo a aquellos que miden la religión por el número de salmos y oraciones?” *Enquiridion*, p. 271.

mismo que, camino de Jerusalén, le ocurre a Loyola que, antes de embarcarse, toma una purga que le causa un vómito tan intenso (“vomitó tanto”) que poco después comienza a mejorarse. El objetivo de esta imitación paródica es que don Quijote adquiriera seguridad y fortaleza: “verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio, podía acometer desde allí adelante sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen”, una bellísima alegoría sobre la seguridad y fortaleza alcanzadas por Loyola camino de Jerusalén pues, en contra del parecer de todos los médicos que le avisaban de poner “*en manifiesto peligro su vida*” si embarcaba, “*como él era guiado y regido interiormente por otro divino médico, ese mismo día, con la purga, en el cuerpo, se embarco*” El divino médico es, como el bálsamo, quien le otorga a Loyola seguridad y confianza para acometer, sin temor alguno, cualquier empresa aunque pusiese “*en manifiesto peligro su vida*”

Sancho también se echa a pechos una gran cantidad de bálsamo y, al no digerirlo como su amo, sufre una tremenda resaca. De nuevo, en el vaivén paródico en el que se mueven los dos personajes respecto a Loyola, la imitación se centra en las experiencias ascéticas de Manresa, en otra de las disparatadas intervenciones hagiográficas de la Vida, en un fragmento en el que Ribadeneyra interpreta los cambios espirituales que se producen en el alma de Loyola como “*grandes alteraciones*” y “*contrarios movimientos*”, además de una serie de verbos y expresiones que, en cierto modo, sugieren las convulsiones del vómito, el desaguarse de Sancho. Lo importante es marcar la diferencia con don Quijote, situar a cada personaje en los dos tiempos, ascético o místico, recreados por Cervantes.

Además de la enorme cantidad de detalles que conducen constantemente a los núcleos paródicos, resaltar, por último, otros dos referentes. En primer lugar las diversas alusiones que con los números 3 y 4 sugieren, o rememoran, el conflicto

intelectual que le planteaba a Loyola rezar tres oraciones, a cada una de las personas de la Trinidad, y una al conjunto, de forma que terminaba rezando cuatro e, indirectamente, rompiendo el esquema de un misterio que gira en torno al tres.

En segundo lugar, la ingeniosa parodia sobre el color del bálsamo, recreación en una de las visiones, al parecer diabólica, de Loyola en Manresa. La irreverente forma en que Cervantes presenta a los personajes, pringados de arriba abajo de sus vómitos y de los del vecino, sirve, además, como punto final a la parodia del bálsamo, y es el lugar donde amo y escudero se encuentran de nuevo, unguados por la misma materia, en un mismo punto de partida.

Del fascinante trabajo de síntesis y dispersión realizado por Cervantes, trascienden también sus temores, manifestados a través de los jocosos miedos infundidos a Sancho, símbolo de un pueblo oprimido y acostumbrado a entenderse en un lenguaje críptico a base de guiños y ambigüedades. Lo expresa muy bien Antonio Medina, para quien Cervantes “utiliza un doble lenguaje del que hacían uso cotidiano los moriscos y cristianos nuevos en general [...] La práctica que hace Cervantes de la *taqiyya* musulmana, consiste en ocultar con maña lo que su sensibilidad y acción tienen de cuestionamiento peligroso para los poderes públicos [...] Tras la conquista castellana de Granada y la obligada cristianización, se produjo en toda Andalucía una epidemia secular de afasia (de ahí viene históricamente lo de la *mayoría silenciosa*). Bajo una fanfarria ensordecedora de vocerío público y chapucerío ritual repleto de quincallería barroca, el Reino español y la Iglesia (como diría Romanones, <<¡joder qué tropa!>>), se desplegaban en medio de un gentío ingente, mestizo, perteneciente a la estirpe de los desesperanzados; los cuales asimismo estaban poseídos por una extraña lucidez, soledad y aceptación de un destino inevitable. Gentío al que no había modo de sonsacarle nada, si no era con la tortura más cruel de la Inquisición o por delación interesada.”¹⁴

¹⁴ *Cervantes y el Islam*, p. 93.

Todo lo referido al bálsamo está matizado por una especie de contrapunto temeroso, de miedo a lo herético o pecaminoso, según se deduce del sencillo, pero ambiguo, lenguaje de Sancho.

La primera pincelada de esos temores aparece en cuanto su amo se refiere, sutil y encubiertamente, al misterio de la Trinidad

-Con menos de **tres** reales se pueden hacer **tres** azumbres - respondió don Quijote.

-¡Pecador de mí! - replicó Sancho -. ¿Pues a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a enseñármele?

La descarada reiteración del número tres hace pronunciar a Sancho esa interjección que denota sorpresa y, según Clemencín, “incomodidad e impaciencia”, pues tras el deseo de hacerse con el rentable invento, Sancho teme posibles consecuencias negativas. La sensación de que rondan algo pecaminoso vuelve a percibirse más adelante en otra interjección en la que Sancho invoca a la virgen e, inmediatamente, llama, de nuevo, a su amo “pecador”

-¡Santa María!, dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido?, sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

No es sangre, sino bálsamo, por eso insiste en acusarle de pecador. Más adelante don Quijote se atreve a calificar el bálsamo de “santísimo”

-¡Hijo Sancho no bebas agua!, ¡hijo no la bebas que te matará! ¿ves? aquí tengo el **santísimo** bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores:

-¿Por dicha hásele olvidado a vuestra merced, como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de

anoche? Guárdese su **licor** con todos los diablos, y déjeme a mí.

El superlativo utilizado por don Quijote, paralelo al utilizado en el Relato y en la Vida al referirse a la Trinidad (“Y haciendo también a la **santísima** Trinidad, le venía un pensamiento, que cómo hacía 4 oraciones a la Trinidad?” / “Tenía mucha devoción a la **santísima** Trinidad”, etc.), provoca la reacción airada de Sancho, que reniega del bálsamo, e incluso de su señor, instándole a que guarde “su licor con todos los diablos” y a que se aparte de él, a que no le implique. Ese mismo sentido se aprecia en otra de las referencias al bálsamo

“Y ruégole a vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en sólo oírle mentar se me revuelve el alma, no que el estómago” (QI, 25)

La sola mención de una burla tan irreverente, tan herética, le “revuelve el alma”, aunque él está participando de la burla pues, un poco antes, capítulo 21, se ha referido al bálsamo, irónicamente, con el superlativo “benditísimo”

“Eso será –dijo Sancho- si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron a vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

-No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.

-También la tengo yo, respondió Sancho, pero si yo le hiciera ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora. Cuanto más que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie.” (QI, XXI)

Siguiéndole el juego a don Quijote, que calificó el bálsamo de santísimo, él lo llama “benditísimo”, aunque al

considerarlo como un “brebaje”, el superlativo pierde su valor e, irónicamente, adquiere un significado despectivo, matizado por la referencia al símbolo de la cruz: “le santiguaron”

Mucho más sutil es el final de la intervención de Sancho: “**pienso** guardarme con todos mis **cinco** sentidos” Recordemos que el núcleo de la parodia gira en torno al aprendizaje espiritual de Loyola en Manresa. Según él, Dios le trataba como un niño, le enseñaba poco a poco, y creía tanto en esa docencia divina que dudarle le parecía una ofensa.

“En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente el juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, **pensaría** ofender a su divina majestad: y algo desto se puede ver por los **cinco** puntos siguientes.”

Sancho piensa guardarse, con los cinco sentidos, de no ser herido ni de herir a nadie. Loyola piensa que, si dudara de la protección de Dios, le ofendería. Y prueba esa protección con cinco ejemplos, el primero de los cuales es el de la santísima Trinidad, al que subrepticamente, gracias al cinco, ha vuelto Sancho a relacionar con el “benditísimo brebaje”

Todas esas alusiones encubiertas dan pie a que pueda también interpretarse la ingenua torpeza de Sancho, confundiendo Fierabrás con feo Blas (“Querría si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas”), como otra referencia más a la sátira, pues el vocablo “feo”, según el diccionario de autoridades, puede aplicarse, por traslación, a las cosas no materiales que causan horror o desagrado. Los nombres del demonio han sido tantos y tan cambiantes a lo largo de la historia que el “feo Blas”, asociado, por ejemplo, a Belial,

príncipe de las tinieblas, podría interpretarse como otra forma más de referirse al carácter satánico del bálsamo, cuya espiritualidad, maligna o benigna, fue también apuntada por don Quijote al identificar a su enemigo como fantasma: “se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado”

De hecho, a poco que se preste atención a lo mucho sugerido por el texto, se tiene la sensación de que Cervantes mezcla todo el asunto con un punto de hechicería, no olvidemos que la primera intención de don Quijote es envasar el bálsamo en una redoma pero, al no haber en la venta, lo puso en una alcuza o aceitera. En dos ocasiones se utiliza el vocablo “redoma”, un dato más para asociar el resto de la ceremonia religiosa con el sentido malicioso del vocablo: “Dixose redoma, porque ultra de ser doblada en el grueso del vidro, se mete en el fuego y se doma y recueze dos veces. De aquí llamamos redomado al hombre cauteloso y astuto, porque está recozido en malicia”¹⁵

¿No están todos los diálogos en torno al bálsamo recozidos en malicia? ¿No es irreverente mezclar o parodiar unos textos religiosos con la aventura nocturna de una puta que acude lujuriosa al lugar donde duermen tres hombres? ¿No resulta patética, o maléfica, la escena con don Quijote desdentado, descalabrado, con dos chichones en la cabeza, sudando copiosamente, rezando y haciendo miles de cruces sobre una aceitera, mientras Sancho, el ventero y el cuadrillero observan, casi a oscuras, la función en silencio?

En conclusión, puede decirse que el conocimiento de la Trinidad es un poder, un arma con la que Loyola, durante su carrera ascética, consigue aproximarse a Dios e, indirectamente, la invulnerabilidad, la protección divina. Análogamente, el bálsamo de Fierabrás es un recurso obtenido por don Quijote, no sale con él, lo adquiere en el camino, y sólo en el momento en que, tras determinadas experiencias, se encuentra en condiciones y con los ingredientes necesarios. Es, en definitiva, un licor maravilloso capaz de devolverle la vida a

¹⁵ Covarrubias, *Tesoro*.

quien la haya incluso perdido. Su poder es, pues, poco menos que milagroso, aunque sólo para personas que cumplan determinadas exigencias. Esa razón, o esas exigencias, hacen que Sancho, a pesar de la buena fe con que bebe la pócima, no obtenga los mismos resultados, porque no basta creer en el misterio, no basta tener fe, es imprescindible, para poder alcanzar ciertos dones, para gozar de sus virtudes, haber sido armado caballero o, en el lenguaje religioso, haber recibido enseñanzas de Dios, ser devoto de la Trinidad, etc. ¿Tal vez porque la fe sin obras no basta?¹⁶

¹⁶ “En lo tocante a la fe, allá ellos. Pero es indudable que la fe sin obras dignas de la fe no sólo no aprovecha, sino que puede llevar a mayor condenación” Erasmo, *Enquirdion*, p. 184.